

# La Ilustración Artística

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

AÑO XIV

BARCELONA 15 DE ABRIL DE 1895

NÚM. 694



FIESTA SOLEMNE, cuadro de Enrique Serra

## SUMARIO

**Texto.** — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. D. José Zorrilla*, por F. Moreno Godino. — *El mejor de los cebos (episodio del año 10)*, por Angel R. Chaves. — *Crónica parisiense. Fiestas populares*, con ilustraciones de Azpiazu, por Juan B. Enseñat. — *La Cabellera de Magdalena* (continuación), novela original de Juan Rameau, con ilustraciones de Marchetti. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Velocípedo torre Eiffel*, por C. — *Fotografía de los colores. Chassis á mercurio*, por G. Mareschal. — *El temple del acero*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Biblioteca Universal de novelas contemporáneas*.

**Grabados.** — *Fiesta solemne. Curiosidad. El heredero. Recuerdo del Tíber. Mercado en un pueblo de Italia. Invierno*, cinco cuadros y un dibujo, de Enrique Serra. — *Retrato de Zorrilla y su coronación en Granada*. — *Corona ofrecida al poeta Zorrilla en Granada*. — *Autógrafo de Zorrilla*. — *Una sala del estudio de Enrique Serra en Roma*. — *Velocípedo torre Eiffel*. — *Figs. 1 y 2. Chassis á mercurio de M. Richard y de M. Mackenstein*. — *El eminente novelista D. Enrique Pérez Escrich, autor de la novela Sor Clemencia*.

## MURMURACIONES EUROPEAS (I)

POR DON EMILIO CASTELAR

*El Reina Regente*. — El canal de Kiel. — Aniversarios del mes de marzo celebrados en todas las capitales europeas. — Recuerdos y enseñanzas ofrecidos al cuarto estado por la comunidad revolucionaria. — El socialismo y sus nefastos principios. — Cesar Cantú y su influencia. — Conclusión.

## I

No podemos sino apenarnos y entristecernos al considerar las desventuras que han caído sobre nosotros con la inmersión en el mar de nuestro magnífico crucero *Reina Regente*, que ha sumergido en su casco cuatrocientos marinos de primer orden, comandados por una oficialidad expertísima y brillante. Pocas veces hemos visto de modo tan manifiesto cual en este caso la unidad íntima del espíritu nacional, desviviéndose por el bien de cada individuo en la gran familia componente de la nación, lo cual hace que cada individuo de ésta considere las desgracias sucedidas en el hogar ajeno como si sucedieran en el hogar propio, convertido el Estado en techo para todos y la vida entre todos difundiendo como la luz y el aire natales. Si cupiera consuelo en tanta desgracia traerla esta solidaridad. Pasando á Francia, precisa decir que otro suceso marítimo trae también su atención embargada, la indispensable asistencia de sus barcos al festejo apercebido por el emperador de Alemania, para celebrar trabajo tan útil á la navegación y al comercio como el rompimiento de un canal en Kiel, destinado á facilitar las comunicaciones entre los senos del mar Norte y los senos del mar Báltico. Debe notarse que la obra se ha realizado en las provincias del Seling-Holstein; que estas provincias, pertenecientes á Dinamarca un día, se han sumado á Prusia por fuerza de armas, y que tal caso de fuerza mayor abrió la serie de graves desdichas y contratiempos, á cuyo término acaeciera la catástrofe del terrible choque con Prusia y la pérdida irreparable para Francia de Alsacia y Lorena. Separadas violentamente del diminuto reino dinamarqués las regiones en cuyas playas tales trabajos se realizan, Dinamarca dice, con ser débil y pequeña, que no asistirá, no, á la festividad, pues podría confundirse su asistencia con un tácito asenso á su desmembración; y los patriotas franceses desearían ver en Francia iguales proceder, porque, siendo magna y fuerte, no debe prestar un asenso indirecto á otra desmembración terrible, inolvidada é inolvidable, la desmembración de su Alsacia y su Lorena. Fuerte ha parecido la objeción al gobierno, y para despuntarla un poco, hale á Rusia enderezado amable nota, pidiéndole acción común en el tristísimo espectáculo, al cual irán los dos Estados como si fueran uno solo, llevando igual número de barcos y poniéndolos todos bajo un solo almirante que les preste la misma dirección. Pero, sea de esto lo que quiera, una ceremonia exterior de puro aparato y ostentación hase convertido entre los franceses en una cuestión de política interior que acabará por darles mucho trabajo con muchísimos trabajos.

## II

Todos los comunistas de Europa y América han celebrado recientemente el aniversario de la comunidad colectivista que se proclamó el 18 de marzo en 1871, cuyos días deben recordarse también por los que amamos al pueblo y queremos quitar la utopía de su

(I) La circunstancia de haber dedicado el número anterior á trabajos consagrados á la Semana Santa, nos ha obligado á retrasar la publicación de esta revista, que insertamos hoy porque las materias que en ella se tratan ofrecen gran interés aun cuando en parte hayan perdido el carácter de actualidad.

espíritu. El ideal del comunismo ruso había corrido por Francia como los efluvios de la peste, y había viciado y podrido las conciencias. Creíase que esta idea moderna de la nacionalidad era una farsa. Para los reformadores moscovitas, no existen estas personas superiores, llamadas naciones, que sin desviarse del espíritu universal humano, forman su propia ciencia, su propia literatura, sus leyes particulares, y contribuyen á la rica variedad de las sociedades humanas tan semejantes á la naturaleza. Una grande aglomeración de ciudadanos en municipio comunista; una grande aglomeración de municipios sin más lazo que el pacto ó el contrato dictado por sus mutuos intereses: he ahí el ideal que oponen á las nacionalidades vivientes, ideal de reacción feudalísima, mezcla absurda de la anarquía y del despotismo. Esta teoría rusa pasó como un viento glacial de la estepa moscovita sobre la ciudad de las ciudades, sobre París, y concitó más que ningún otro elemento aquella comunidad revolucionaria, ardiente combustión de las pasiones demagógicas. ¡Cómo las ideas más justas se vician! ¡Cómo los proyectos más sensatos se destruyen! La base de una verdadera libertad está en el municipio. Para que un ciudadano sepa regir una nación es preciso que haya mucho antes aprendido á regir una aldea ó un barrio. Allí sus virtudes deben alcanzarle el público aprecio y la estimación universal. Allí los cargos electivos deben mostrarle el arte del gobierno y la inmensa responsabilidad que en el gobierno se contrae. Allí puede recorrer y probar en el ayuntamiento, en las alcaldías, en los jurados, las tres amplias esferas del poder, el legislativo, el ejecutivo y el judicial. Pero si es verdad esto, si el municipio tiene semejante virtud creadora, la pierde en cuanto sale de sus límites y quiere formar la universalidad y la superioridad del Estado. Este es otro de los errores más acreditados en la escuela socialista contemporánea. Después de haber sus antecesores hecho del Estado político una especie de Estado-Dios, como los antiguos Estados asiáticos, ahora se desploma tristemente en concepto de todo en todo contrario, en el concepto de una sociedad sin Estado, sin ese organismo indispensable al derecho. Así París no se curó para nada de Francia. Su municipio fué el municipio ruso, un municipio-Estado, un municipio-Nación. Siempre habíamos creído que reduciendo el Estado á sus menores límites, aún le quedaban tres facultades esenciales: la administración de justicia, la dirección de la fuerza pública, que es la seguridad nacional, y las relaciones exteriores. Pues la comunidad de París se apoderó inconsideradamente de estas tres facultades. Nombró un ministro de Justicia con el cargo de organizar los tribunales. Nombró un ministro de la Guerra con el encargo de mandar el ejército, y nombró por último un ministro de Relaciones exteriores, como si un municipio pudiese arbitrariamente dirigirse á una nación y Francia acabara de ser borrada del mapa. El eterno tema de los clubs volvió á surgir al inaugurarse esta crisis terrible. Los pueblos de antiguo habituados á la servidumbre tienen dos cualidades generalmente funestas. La primera es su apego á los Apocalipsis socialistas; la segunda es su ciega superstición por la virtud de los nombres. Durante toda la defensa no habían tenido más que una cantinela todos los demagogos de París. Si la defensa era floja, debíase á que no se proclamaba á tiempo la comunidad revolucionaria. Si la guardia nacional no se organizaba con arte y con celeridad, á la ausencia de esa institución salvadora. La comunidad sólo poseía los secretos de la ciencia moderna, y con los secretos de la ciencia moderna el medio de destruir los ejércitos enemigos. En cuanto los parisienses se vieran regidos por magistrados de la más roja demagogia, volvíanse como por ensalmo héroes, y tomaban las trincheras enemigas, y salían de madre inundando con el fuego de su cólera hasta Versalles y deritiendo en sus sienes y en sus manos la corona y el cetro de ese férreo rey de Prusia. Y si esto podía el ayuntamiento en el combate revolucionario, en el combate titánico, podía mucho más en el aprovisionamiento y sustentación de París. Solamente él tenía fuerza para hacer las visitas domiciliarias, para entrar en la casa de los ricos, para herir los intereses creados, para explorar las bodegas y las despensas, para tasar la comida de todo el mundo, para poner á ración lo mismo los pobres que los ricos, para emprender esa gigantesca cuenta de las subsistencias, según la cual París debía tener víveres suficientes para mantenerse por lo menos tres meses más en su austera intransigencia. Estas ideas, tan fáciles de divulgar como difíciles de cumplir, se apoderaron del cerebro y del corazón de un pueblo preso durante cinco meses, incomunicado con el mundo, herido en sus más caras afecciones, hambriento y ayuno, trabajado por toda suerte de emociones horribles, caído de su trono en lecho de sangre

y fango, puesto en el potro de todos los tormentos y visitado por la siniestra visita de todos los dolores. Así, en cuanto vino tras la crisis de la guerra la crisis todavía más dolorosa de la paz, las muchedumbres exaltadas atribuyeron todos aquellos desastres á la triste ausencia de la comunidad revolucionaria. Si París sucumbió, si cayeron los ejércitos de provincia, si se ajustaron armisticios deshonrosos, si la marcha triunfal de Garibaldi se cortó, si la derrota terrible de Bourbaky se consumó en el Este, si vino una asamblea legitimista y reaccionaria, si los prusianos pasaron orgullosos bajo las bóvedas del arco de la Estrella, si una paz infame fué prometida y se obligaron á ceder Alsacia y Lorena, Metz y Estrasburgo, á pagar cinco mil millones de rescate, á consentir hasta la totalidad del pago la ocupación extranjera en el territorio nacional, todos estos males sin cuento provenían de que ni aun se había dejado á la gran capital libertad bastante para un sacrificio como el sacrificio de Bruto ó de Catón. Y luego, en aquel momento, su comercio estaba en el suelo; su capitalidad sobre Francia, capitalidad de trabajo, capitalidad de riqueza, capitalidad de arte, capitalidad de ciencia, en litigio, más que en litigio, próxima á desaparecer por no haber aparecido jamás la comunidad revolucionaria. Y á esto se unía la seguridad casi de perder hasta el nombre por que tantos sacrificios se habían hecho, hasta el nombre sacratísimo de República. Por consiguiente, no había que vacilar más. Aún era tiempo. Aún se podía acometer la empresa de proclamar la comunidad revolucionaria. Aún esta forma no experimentada de gobierno podía volver su antigua inspiración á París, su antiguo vigor á Francia. Los ensueños de la derrota, los ensueños de la desgracia se encarnan tristemente en los comuneros, en los hombres que habían combatido al gobierno de la defensa nacional. Subió la demagogia al gobierno. Convirtiéronse los clubs en asambleas deliberantes. La utopía extendió su luz de tempestad en el centro donde debía brillar el sol de las ideas. El delirio de la fiebre se substituyó al calor de la vida. Los extremos de la exageración reemplazaron á las transacciones indispensables de una política prudente. Y fué proclamada la comunidad revolucionaria de París.

## III

Muchos sentimientos se han removido en los corazones al recuerdo de tales fechas del mes de marzo y muchas ideas á la muerte de hombre tan ilustre como Cesar Cantú. Este grande historiador fué siempre un güelfo, es decir, un patriota, un republicano, un católico, al revés de los gibelinos, realistas y alemanes y cesáreos. Además los güelfos de Italia se han inclinado siempre á Francia, la nación católica por excelencia, mientras los gibelinos á Germania, quien mucho antes de haber estallado allí la Reforma de Lutero y por ende la revolución religiosa, ya disputaba al Papa una parte de su poder supremo, como se vió en el conflicto de las investiduras, por medio de sus cesáres, que debían al Pontífice su corona y luego se alzaban audaces contra el Pontificado. Así en la gibelina Italia no tenía la palabra de Cantú mucho eco por democrática y republicana, mientras en la Francia democrática y republicana no lo tenía tampoco por católica y religiosa, pues á los flamantes republicanos de ahora se les ha metido en el cacumen la incompatibilidad entre el derecho y el catolicismo, como si la religión católica no se prestase á todas las formas de gobierno, cual el espacio presta sus senos á todos los rayos de la luz y á todos los astros del universo. Pero cuando nosotros éramos chicos, y habíamos encontrado por toda Historia Universal el *Discurso* de Bossuet y el gran libro de Vico, elocuente aquella y éste profundo, pero los dos de una gran deficiencia, por no haber pasado del siglo XVII, en que se publicaran, y haber tenido el uno un criterio sobradamente ortodoxo como el otro sobradamente profano, recibimos con alegría este libro de Cantú, que nos presentaba en una serie lógica y con un verbo inflamadísimo el desarrollo de la humanidad en el tiempo, desde un punto de vista muy parecido al de Bossuet, su maestro, y al de Vico, su compatriota, pero profesando siempre y manteniendo siempre la teoría del progreso, la democracia dentro del catolicismo, y para encarnar uno y otro principio la república cristiana. Consagremos á tan gran escritor un recuerdo y reconocamos que nuestra Europa, no prestando el homenaje debido á su memoria, nos ofrece una imperdonable ingratitud. Háysese procedido contra ellos como se haya procedido, en este minuto supremo los libros del historiador italiano quedan entre las grandes luminarias del siglo que esclarecerán á nuestra generación y honrarán á su patria.

Madrid, 27 de marzo de 1895.



Coronación de Zorrilla en el palacio de Carlos V, de Granada, el día 22 de junio de 1889

## SEMBLANZA

### DON JOSÉ ZORRILLA

La mayor parte de los mortales tenemos un ángel bueno ó malo, que bajo la figura de hombre ó mujer influye poderosamente en nuestros destinos, marcándonos los derroteros de la vida, especialmente en las primeras fases de ésta. En su primera juventud, Zorrilla vivía tranquilamente en Valladolid y se resignaba á la vulgar existencia de la vida de provincia. Si no es enteramente cierto el axioma de que no puede haber *superioridades desconocidas*, porque éstas, más pronto ó más tarde, rompen su capullo ó su crisálida como el gusano y la mariposa, el egregio poeta hubiera continuado en su resignación, siendo, á lo más, modesto periodista ó poeta de segundo orden de su localidad. Zorrilla en la época á que me refiero era un joven campestre y pacíficamente soñador, por lo cual puede decirse que entonces fué más poeta que nunca. Gustábale la soledad y en ella pensaba en sus aspiraciones aún no formuladas. Vagaba mucho por los campos de su ciudad natal, y en ellos se entregaba á la observación de la naturaleza, notando que *los rastros de las culebras anuncian lluvias cercanas* ó contemplando largos ratos las evoluciones del insecto *medio mosca y medio pez*, que gira en incesantes círculos en la superficie de las aguas estancadas. De estas impresiones juveniles proviene la fuerza de descripción de la poesía de Zorrilla.

No aspiraba éste á las distinciones sociales, no pretendía romper el círculo de su existencia vulgar, y aunque leía con preferencia á Chateaubriand, no pensaba en el amor romántico de Velleda, bastándole sus tranquilas relaciones con una muchacha de su vecindad.

Pero se hizo amigo de un joven paisano suyo, Miguel de los Santos Alvarez, que fué su ángel bueno, puesto que contribuyó á que fermentase en él la levadura poética. Miguel, impetuoso de imaginación, alto de pensamiento, fino y delicado de organización, no se resignaba á la obscuridad de la provincia, y aspiraba, no precisamente á distinciones, sino á las filigranas sociales que embellecen la vida. Miguel era irresistible: á su ingenio, á su brillante y persuasiva palabra de siempre, unía entonces una alegría comunicativa, y Zorrilla se entregó por completo á la influencia de aquel generoso carácter, y yo le he oído decir muchos años después: «Miguel Alvarez me sacó del cascarón.» Vagaban ambos jóvenes por los

alrededores de Valladolid, y Miguel en estos paseos solía leer los periódicos de la corte. ¡Oh! ¡Cuántas cabezas ha trastornado la prensa! La prensa es el foco de luz que desde Madrid irradia á todas partes, atrayendo á las mariposas de provincias; la mayor parte de éstas se queman las alas, y sólo algunas ascienden á los cielos de la ciencia, del arte ó de las posiciones sociales. Para los jóvenes de provincia que no han estado en Madrid, las descripciones de la prensa, de salones resplandecientes de luz, poblados de mujeres hermosas; las reseñas de las sesiones políticas ó literarias, en las que poetas y oradores obtienen los honores del triunfo; las crónicas de estrenos escénicos, y el relato de esos múltiples accidentes de la vida cortesana, tienen el atractivo de una novela real y positiva, en la que todo el mundo puede tomar parte, con sólo meterse en una diligencia galera y ahora en un coche de ferrocarril.

Una mañana Zorrilla y Miguel, sentados en la margen del Pisuerga, pensaban y comentaban los periódicos que acababan de leer, cuando acertó á acercárseles una gitana, prometiéndoles la *buenaventura*. Era muy joven. Zorrilla le preguntó su nombre, y ella contestó que se llamaba Aurora: *yo soy Aurora la gitana*, que dijo muchos años después el poeta. Echóles la *buenaventura* para ella, puesto que le valió una peseta, prediciéndoles dos cosas que la casualidad hizo exactas. — Sus mercedes, les dijo, vivirán muchos años y divertirán mucho á la gente. — Pues entonces no vamos á ser ministros, pues éstos suelen hacer llorar al país, observó Miguel. — Pero quizá sí cómicos, aunque sea de la legua, replicó Zorrilla. — Tú, torero en un caso: tienes planta de eso.

Sucedió con Zorrilla respecto á Miguel lo que suele acontecer á algunos catecúmenos, que hácese más fervientes que su catequizador. Miguel tenía deseo de Madrid: Zorrilla sintió ansia. Olvidó sus modestos amores, se ahogaba en su ciudad natal, y los alrededores parecieronle *campos de soledad*; así fué que reuniendo como pudo unos cuantos duros, montó una mañana en una yegua de un tío suyo, que pastaba en la dehesa, y se vino gentilmente á la corte.

El respeto debido á la muerte no permite referir algunas pecaminosas aventuras de Zorrilla en los comienzos de la vida madrileña. En Zorrilla hay que separar al poeta del hombre: era como una magnífica planta tropical, olorosa y resplandeciente de colores, plantada en un tiesto de barro de Alcorcón. En esta crisis de su existencia le salvaron dos cualidades: la conciencia de su superioridad, que refiriéndose á otro cualquiera hubiérase calificado de desvergüenza, y su organización material, que le permitía vivir sin exigencias delicadas. Murió Larra, el escritor profundo, atrabiliario y suicida; pronunciáronse discursos en su enterramiento, y entre éstos surgió un joven pálido, nervioso, de melena merovingia, que leyó una composición poética: era Zorrilla y sus versos fueron la llave de oro que le abrió las puertas de la poesía y de la celebridad. Jacinto de Salas y Quiroga, director

del *No me olvides*, puso á su disposición las páginas de su periódico, después el *Semanario Pintoresco*, y por fin las reuniones en el primer Liceo consolidaron la reputación del vate que fué luego tan popular. La aparición de Zorrilla junto al sepulcro de Larra constituyó una falsedad y posteriormente una prevaricación: saludó al suicida con el nombre de poeta, y Larra nunca lo fué, como lo atestiguan los detestables versos de su drama *Macías*, y muchos años después Zorrilla se desdijo de su panegírico en los dos endecasílabos siguientes:

Broté como una hierba maldecida,  
Al borde de la tumba de un malvado.

Como Zorrilla nunca tuvo la noble indolencia del poeta, desde que consiguió notoriedad, atropelló digámoslo así, sus producciones poéticas. Brotaban de



Corona ofrecida al poeta Zorrilla con motivo de su coronación en Granada, labrada con oro nativo del río Darro

su pluma tomos de versos, incorrectos, destartados, á veces de concepto repetido, pero brillantes y deslumbradores, llenos de imaginación impetuosa, y sólo desgraciadamente faltos de corazón. Respecto á este particular Zorrilla se conocía y se juzgaba bien; solía decir: «Nunca llegaré al séptimo cielo de la poesía, porque las huries necesitan las ternuras del alma, pero de seguro volaré desahogadamente por los demás es-

pacios: yo, como el ruiseñor, no siento, pero canto.» Tuvo la desgracia de casarse con una señora tan desequilibrada como él, que se inmiscuía en su producción literaria, como la esposa del poeta del *Café de Moratín*, que preparaba la *ilusión de las catástrofes*. La señora de Zorrilla quería que la leyenda *Margarita la Tornera* terminara ahogándose los amantes en la Albufera de Valencia, entre los gritos de las aves acuáticas: afortunadamente, el poeta la acabó cristiana y razonablemente. El hogar de Zorrilla era un *imbroglio* de papeles y apuntes poéticos, porque la dueña de la casa aprovechaba todo cuanto encontraba ó pensaba; pero entre aquel fárrago el poeta encerrábase en la pieza más pequeña y desmantelada, porque decía que en menor espacio brotan mejor las ideas, y hacía acudir á su Musa de grado ó por fuerza. A veces no estaba inspirado y se repetía: incrustaba en un drama los versos de una leyenda, y como siempre estaba falto de dinero, vendía una obra dramática á tres editores diversos. La producción literaria daba entonces escasos emolumentos, y además Zorrilla era de esos que no se sabe ni saben ellos mismos en qué gastan el dinero. Algún biógrafo suyo ha achacado á aquél espíritu aventurero, que seguramente no tenía: Zorrilla rico, hubiera hecho una vida sedentaria; pero sus continuos apuros y el deseo de remediarlos, le impulsaban á su casi incesante locomoción. Era poco erudito y poco reflexivo: presenta á Atila montado en un palafrén, que es cabalgadura de dama ó de viejo, blandiendo una espada de gavilanes, sólo conocida siglos después. El primer título que puso á su poema *Granada* fué *La Cruz y la Media Luna*, porque creía, como hoy creen algunos articulistas y cronistas, que la media luna es distintivo de moros. El orientalista D. Pascual Gayangos disuadió á Zorrilla de su inexactitud. La creencia de que nadie es profeta en su patria, llevó á París al siempre apurado poeta, y son donosas y tristes á la par las contingencias que allí pasó. Alejandro Dumas (padre), con quien tenía muchos puntos de semejanza, salvóle varias veces y le hizo flotar. Poco tiempo después, viudo ya, gastado en España y no atendido en Francia, Zorrilla se fué á México á cobijarse bajo el amparo del reciente imperio de Maximiliano. Llegó á la ciudad de Moctezuma con cuarenta pesos. Solicitó una audiencia del emperador por medio del conde de Karlap, uno de sus chambelanes que poseía perfectamente el idioma español, leyó á ambos las deslumbrantes octavas de la introducción del poema *Granada*, y desde aquel día tuvo aposentamiento en palacio y nombramiento tácito de poeta de la corte. Sabido es cómo terminó aquel imperio: acaso el poeta envolvió en su tempestad al príncipe.

Zorrilla volvió á España tan pobre como se fué, con más años y *chiflado*, al decir de sus detractores. A imitación de Lamartine, trató con poco respeto á su Musa. El poeta francés recibía visitas de consulta literaria ó de conversación á *luis por hora*; Zorrilla ideó una farsa teatral, en la que se presentaba en escena para leer sus composiciones poéticas. No hizo efecto, ganó poco dinero y vióse zaherido por críticos de todos calibres; lo cual le produjo mucha tristeza y desaliento. A su regreso á España hallóse

A su vuelta de México, Zorrilla tuvo la suerte de casarse en segundas nupcias, y esto fué la única cosa juiciosa que hizo en toda su vida. Su segunda esposa consiguió en parte encarrilar aquel carácter descompuesto, y llevar tranquilidad á su hogar, soportando las rarezas que Zorrilla tenía en sumo grado. Regresó

*¿Quién soy? ¿Quién lo sabe? Yo mismo lo ignoro.  
Creyente sincero del Dios en quien fío,  
a él solo me humillo y a él solo le imploro;  
só quier le he hallado velando en bien mio;  
só quier le bendigo, le canto y le adoro;  
só quier sus creencias evoco con brio;  
cantar mi fe firme no tengo á desdoro;  
no tengo del pobre vergüenza ó desvio,  
mi pan con él parto, su mal con él lloro:  
y no me da niñea recelo ni hastio  
su sordido traje, su oscura mansion.  
Los mas escondidos rincones exploro,  
y en todos á todos mi fe les confío,  
contando á los unos un cuento sombrio  
y haciendo con otros ferviente oracion.*

Autógrafo de Zorrilla

éste de su expedición á América en completa decadencia literaria, pero con la misma actividad y con más ansia de producción que nunca. Explotó su nombradía, escribió un poema *El Cid*, y sólo los años y los achaques á ellos anexos consiguieron divorciarlo de su Musa. Fué nombrado cronista de Valladolid, su ciudad natal; fijó en ella su residencia, pero por poco tiempo, y volvió á Madrid. Madrid le recordaba su vida de joven, aquellas noches alegres en que vagaba por el barrio de la Morería, entre caserones aristocráticos y recuerdos islamitas, en compañía de Miguel de los Santos Alvarez y Sazatornil. Porque no ha habido nadie más apegado á sus recuerdos que Zorrilla: su buen sentido hacía contenerse para no parecer un viejo ridículo; pero cuando se hallaba á solas con alguno de sus contemporáneos, se explayaba, y hasta con lágrimas en los ojos evocaba su juventud cada vez más lejana. Era el antípoda de Bécquer, que pensaba con fruición en el descanso de la muerte; Zorrilla la odiaba y la había odiado desde joven: nunca pasó por frente á un balcón ó ventana por donde saliera resplandor de cirios que anunciase un cuerpo presente. En una ocasión asistió á la ejecución de un reo, y de resultas estuvo enfermo quince días.

Aunque tenía una asignación como cronista de Valladolid, y no bastándole, como era natural, dados sus hábitos de manirroto, solicitó una pensión nacional, que obtuvo, no sin dificultades, y desde entonces hizo la vida doméstica, nunca resignado, y molesto, aún más que por sus achaques, por la tensión de sus nervios y por los arranques de su imaginación, que nunca pudo dominar. En Zorrilla, la imaginación ha absorbido todos los demás sentimientos: era de la raza de Víctor Hugo y de Fernández y González; tan árido, de corazón poético, y menos profundo, pero como estos dos poetas, riquísimo de fantasía. Fué una máquina incesante de hacer versos. Cuando ya no quería hacerlos, pues él mismo conocía que eran malos, traía á la memoria los que había hecho. En el crepúsculo del sueño senil, en que no se pierde la noción de la vida, Zorrilla, recostado en una butaca, repetía sus versos más celebrados y oíasele murmurar:

Aguilas que os cernéis en corvo vuelo  
sobre el Atlas y el Cáucaso...

ó bien:

Nací entre juncias en Alfarache,  
donde una loba fué mi nodriza...

Y se despertaba de mal humor, como el que después de un sueño plácido vuelve á las tristes realidades de la vida, amenazada de próxima extinción. Por lo general, los más gloriosos en la existencia son los más

resignados á perderla; pero Zorrilla, como ya hemos dicho, era como Luis XIV de Francia en su ancianidad, y la idea de la muerte producíale profunda melancolía.

El poeta que había dicho: «yo soy el trovador que vaga errante,» apenas salía de su casa; el hombre que casi no prestaba atención á la clase de alimento, con tal de que éste fuese abundante, en sus postrimerías se preocupaba minuciosamente del servicio de su mesa y dedicó su atención al arte de cocina, oficiando en él. El que cuando joven se revolvió en habitaciones donde todo estaba en desorden, en la vejez hízose esclavo de la simetría: medía escrupulosamente la distancia de cuadro á cuadro, y no podía tolerar que un objeto cualquiera estuviese desplazado. Con frecuencia se observa el fenómeno fisiológico de que los ancianos adquieren hábitos opuestos á los de toda su vida; por eso Cervantes, que pensaba ó presentía todo, ideó que D. Quijote, el desafortado caballero andante, que sólo soñaba con tajos y feridales, desease en sus postreros días hacerse pastor, trocando el ferrado lanzón por el pacífico cayado.

Por lo demás, y excepto su repulsión á la muerte, Zorrilla sólo vivió tranquilo en la última etapa de su existencia, *sin tener que hacer cada dos meses un milagro para procurarse la subsistencia*, como él mismo solía decir. Tuvo un lugar limpio y cómodo, una compañera cariñosa, la consagración de su gloria, antes puesta en tela de juicio, con la apoteosis en vida, como Corina y como Quintana, y descendió al ocaso de la muerte como el sol de un día revuelto que se apacigua á la proximidad de la noche.

Algunos meses antes de morir, una tarde alcancé á Zorrilla que subía trabajosamente por la calle de Doña Bárbara de Braganza, y seguimos andando. El anciano poeta miró al cielo, donde se desenvolvía una magnífica puesta de sol, con ligeras nubes alrededor del astro que las matizaba de fuego, esfumándose en un nimbo de color de esmeralda. «Ya pocas veces veré eso!», exclamó tristemente Zorrilla. Al pasar por frente a la iglesia de las Salesas, detuvo á éste una mujer pequeña, vieja, pobremente vestida de negro y que cojeaba. Me separé por discreción. Oí que el poeta le hablaba con afecto y le daba una moneda. Cuando se reunió á mí me dijo: «Esa mujer que parece una golondrina con una ala rota, ha sido hermosa, elegante, coqueta y solicitada, y me inspiró una de mis composiciones: *¡Tiempo, tiempo, cuánto puedes, tú que indiferente escribes, sobre cráneos y paredes, la cifra de la verdad!* Zorrilla enmudeció, se detuvo, volvióse á mirar á la mujer que se había situado al pie de la escalera que conduce á la iglesia, y prosiguió diciendo, como ensimismado en sus recuerdos:

«Mas tú, Catalina, como eres de bella  
Así veleidosa te precias de ser.»

y luego, señalando con el bastón, exclamó:

«Pues bien: ahí tiene usted á la veleidosa Catalina, pidiendo limosna todo el día en un mismo sitio, y tan vieja como mi Musa.»

— Pero ella morirá, observé yo, no por cortesía, sino por convicción, y la Musa de usted será inmortal.

F. MORENO GODINO

## EL MEJOR DE LOS CEBOS

(EPISODIO DEL AÑO 10)

Pocas ilusiones podía hacerse S. M. José I respecto al amor de sus improvisados vasallos, y hasta estoy por decir que había llegado el momento en que ni siquiera le regocijaban las noticias que, un poco abultadas por cierto, hacían llegar hasta él sus cortesanos, ponderando las victorias alcanzadas por las tropas imperiales sobre las *rebeldes hordas* — así las calificaban los afrancesados — que hasta entonces, con más heroísmo que fortuna, mantenían enhiesto el sagrado pendón de la independencia nacional.

El claro juicio de que, mal que pese á nuestro espanolismo, estaba dotado el rey intruso, le hacía conocer que aunque la fuerza de las armas consiguiera domar la fiereza de sus malcontentos súbditos, todas sus bondades y condescendencias no llegarían á trocar en cariño las muestras de burla y de hostilidad de que le hacía blanco sin rebozo alguno el apicarado y maleante pueblo de Madrid, que después de todo no hacía otra cosa sino reflejar los sentimientos de la nación entera.

En un carácter más altivo y dominante, poca mella hubiera hecho tal desamor; pero á José, que en esto,



Medalla acuñada con motivo de la coronación de Zorrilla en Granada

con una novedad que le halagó y mortificó á la par. Su drama *Don Juan Tenorio*, que había dormido bastantes años el sueño del olvido, resucitado no sé por qué empresario so color de que era obra á propósito para día de Animas, se representaba todos los años en casi todos los teatros de España, siendo un filón de oro para los editores á quienes el autor había vendido la propiedad por cantidad mínima. Esta particularidad imprevista mortificó, como ya se ha dicho, á Zorrilla, que, despechado, hizo una crítica acerba de su obra y trató de explotarla convirtiéndola en zarzuela, que no tuvo éxito. A pesar de que la crítica de su autor es exacta en su mayor parte, el *Don Juan Tenorio* es el mejor timbre del poeta, no dramático; pues como sucursal del *Quijote*, es la síntesis de la idiosincrasia del pueblo español.



Curiosidad, cuadro de Enrique Serra



Una sala del estudio de Enrique Serra en Roma

como en otras muchas cosas, se parecía poco á su soberbio y avasallador hermano, descorazonamiento y grande producía el no poder cruzar una sola vez las calles de su corte sin que hasta sus oídos llegaran aquellas más agudas que justificadas chanzonetas de manolos y chisperos en que se le prodigaban los nombres de *El rey de copas*, *el Tuerto*, *Pepe Botella* y otros apodos de este jaez.

Para evitarse disgustos de aquella índole, reducido se veía desde hacía meses á no salir del suntuoso

po Carlos III, que el siempre bondadoso Carlos IV.

A noticia de José había llegado la justa fama de que goza el río Eresma por la abundancia de sus truchas; y como sabía que, sobre todo sus dos últimos predecesores en el trono de San Fernando, habían cuidado con especial esmero de la cría y procreación de tan sabrosa como astuta pesca, huyendo de todo séquito cortesano, tomó como el más humilde de los mortales el camino de Balsain, provisto de la indispensable caña, y no paró hasta que, cerca del sitio

tunado competidor, diciéndole con el marcado acento extranjero que nunca le fué posible desear.

— Veo, buen amigo, que tiene usted más suerte ó más habilidad que yo.

— De todo puede haber un poco, respondió el viejo sin interrumpir su tarea. Y eso que los tiempos no están para favorecer á nadie. Si no, aquí me tiene usted á mí, que en otra ocasión le hubiera echado mano para llevarle á la cárcel de Segovia por pescar en estos sitios, y hoy soy el primero en delinquir.

— ¿Luego usted es?..

— Hoy nada. Antes era pescador titular de la real casa desde los tiempos de mi señor D. Carlos III, que creó la plaza para mí, respondió el viejo con orgullo. Pero hoy ni hay real casa, ni rey, ni Roque, y todos somos aquí merodeadores, lo mismo usted que yo.

José estuvo á punto de poner un correctivo á los desmanes del desenfadado anciano; pero domado el primer impulso y como si nada hubiese pasado, replicó, siempre en el tono más amistoso del mundo:

— Puesto que usted tiene motivos de saber más que yo de estas cosas, le voy á hacer una pregunta. ¿En qué consiste que usted saca truchas á docenas del río y yo en una hora no he conseguido pescar una?

— En una cosa muy sencilla, contestó el pescador titular. A fuerza de estar toda mi vida tratando con los peces de este río, conozco sus aficiones como las mías propias, y sé el cebo que he de ponerles para que piquen. El de usted será más delicado, pero menos de su gusto. Repárelo un poco y verá cómo en todo pasa lo mismo. ¿Por qué ese rey intruso, á quien usted indudablemente sirve, no logra que muerdan su anzuelo los españoles? Pues es sólo porque el secreto del cebo le tiene exclusivamente S. M. legítima D. Fernando VII (q. D. g.)

José se sonrió con amargura, é indudablemente hubiera contestado al atrevido viejo, si éste, dando un grito espantoso, no le hubiera hecho volver los ojos al río. Lo que en él vió le hizo estremecer.

El chiquillo que acompañaba al anciano y que era su propio nieto, enfrascado en sus juegos, mientras su abuelo hablaba con aquel desconocido, había perdido pie al pisar una de las movedizas piedras de la orilla y acababa de caer al río, que debido al deshuelo, llevaba un crecido caudal.

A pocos pasos de él una olla le atraía con sus rápidos remolinos.

El viejo, comprendiendo su impotencia para luchar con la corriente, ni á moverse se atrevió. Pero José, despojándose rápidamente de su casaca y sin decir una palabra siquiera, se precipitó al río, en el cual, mostrándose hábil nadador, logró asir al niño en el momento en que el remolino se iba á apoderar de él. Cuando estuvo en tierra con su infantil carga, el infeliz abuelo, sin curarse ya de disimular, rompió á llorar, mientras cubría de besos alternativamente el pálido rostro de su nietezuelo y la mano de su salvador.

— ¡Señor, perdón! A V. M. debo hoy más que la vida.

— Esta vez me parece que no ha sido del todo malo el cebo, contestó la tan mojada como bondadosa majestad bonapartesca. Con él creo que no dudará usted en aceptar, firmado de mi mano, el refrendo de su título de pescador de la real casa.

El rostro del viejo se anubló, apresurándose á contestar:

— Eso no. Pero crea V. M. que no tardará en saber que Segundo Rosendo no está hecho de la madera de los ingratos.

Y partió hacia Segovia.

El golpe estaba bien preparado. Las partidas de Abril y de Jurico, las más fuertes de las que operaban por aquellos contornos, debían haber caído sobre el camino de Balsain, apoderándose de la persona de José I, que, según confidencias, había salido de incógnito de la Granja con dirección á la Boca del Asno.

Todo estaba preparado de modo que el plan diera resultado, y sin embargo la ocasión se perdió y el monarca entró en su palacio sin que nadie le hubiese inquietado en el camino.

¿Quién tuvo la culpa de ello? Algunos quisieron hacer pesar la responsabilidad sobre Segundo Rosendo, el pescador titular de D. Carlos III y D. Carlos IV; pero ¿quién podía dudar del españolismo del que había empezado por mandar á todos sus hijos á pelear por la nación? Quien hubiera podido descubrir la clave del misterio era aquel rey *malgré lui*, como él hubiera dicho, que á pesar de volver con la *chistera* vacía había hecho aquel día una buena pesca.

ANGEL R. CHAVES



El heredero, cuadro de Enrique Serra

palacio que ya miraba como encierro, como no fuera para dar solitarios paseos por las alamedas de la Casa de Campo ó los carrascales del Pardo, en los que sus escasas aficiones á los ejercicios venatorios tampoco le hacían encontrar grande alivio á la misantropía que se iba apoderando poco á poco de su más ó menos auténtica majestad.

En la primavera de aquel año ocurrióle pasar unos días en la Granja, en cuyos jardines, tal vez por ser remedo de los de Versalles, esperaba encontrar la perdida alegría; y á pesar de que sus allegados le hicieron ver cuán peligrosa podía ser su estancia en San Ildefonso, sabiéndose como se sabía que en tierra de Segovia abundaban las partidas de guerrilleros, de tal modo se aferró el monarca á su idea, que no hubo más sino dejarle partir.

En honor de la prudencia de sus cortesanos, debemos consignar que no fueron los menos los que encontraron pretexto para no seguir á su amo, el cual á su vez, poco amigo como era de la adulación, no los hubiera echado gran cosa de menos, si su aislamiento en el Real Sitio no hubiese sido todavía más espantoso que el del alcázar de Madrid.

Para distraer su tedio, un día le ocurrió dedicarse á un ejercicio más conforme con su natural apacible que las ruidosas cacerías con que alegraban en otro día aquellos parajes, lo mismo el un poco misántro-

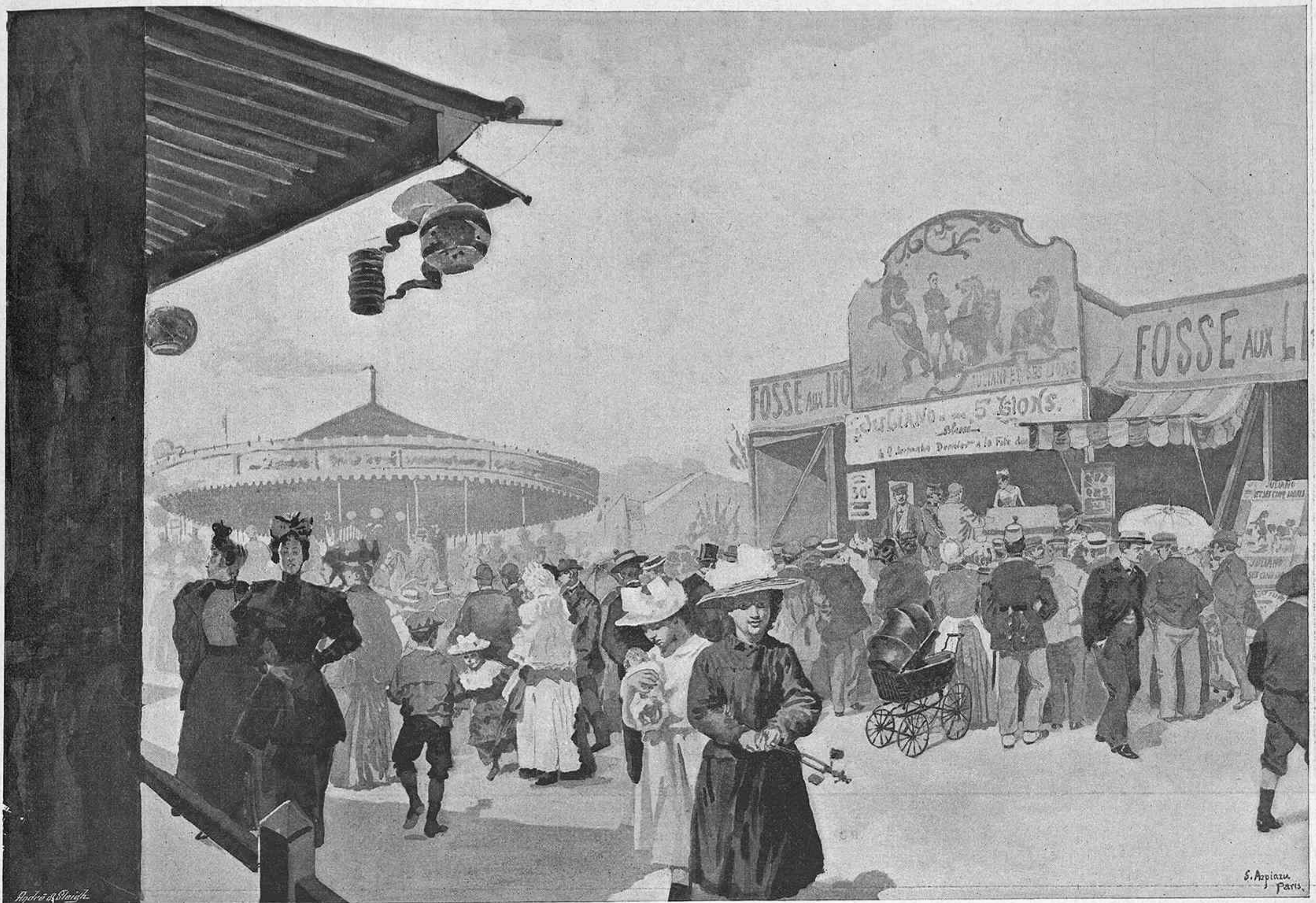
conocido por la Boca del Asno le pareció hallar lugar apropiado para probar si las truchas mordían mejor en su cebo, que los españoles en las irrisorias libertades con que les brindaba la Constitución de Bayona.

Pero ni por esas. José estaba de malas; y en honor de la escurridiza población de las transparentes aguas del Eresma, debemos decir que allí no debía haber afrancesados que acudieran al cebo tendido por el ilustre pescador, puesto que más de una hora llevaba sentado pacíficamente en un ribazo, y ni una vez sola había tenido ocasión de tirar de la caña.

Esto, que aun estando solo hubiera mortificado un poco el amor propio del no muy afortunado monarca, se hacía intolerable teniendo espectadores, y José los tenía.

Poco tiempo después de estar en su puesto, notó que no muy distante de él, un viejo casi octogenario, acompañado de un chicuelo de seis á siete años, había echado asimismo los anzuelos al río, y cada vez que sacaba pesca, lo cual no dejaba de ser frecuente, dirigía una mirada entre satisfecha y burlona hacia el sitio que ocupaba el regio pescador, á quien no conocía ó aparentaba no conocer.

Este, sin ser ya dueño de contener su mal humor, tiró á un lado la inútil caña, y levantándose de su asiento se dirigió con la mayor llaneza hacia su afor-



La Feria del pan de especias en París, dibujo de Salvador Azpiazu

CRÓNICA PARIENSE

FIESTAS POPULARES, CON ILUSTRACIONES DE AZPIAZU

I

Con Pascua florida empieza aquí el ciclo de las ferias; ciclo de oro para la gente nómada que de ellas vive. En provincias son el único acontecimiento que interrumpe una ó dos veces al año la eterna monotonía de las poblaciones, prestándoles grande animación durante dos ó tres semanas. Aquí anuncian, en competencia con las golondrinas, la llegada de la primavera, y son el punto de partida para las juergas al aire libre, por las cuales se vuelven locos los parisienses. En una y otra parte son verdaderamente pintorescas y ofrecen á la observación los últimos vestigios de antiquísimas costumbres, que habiendo sido generales en toda Europa, únicamente en Francia se conservan tales como las pintan antiguos autores de todos los países.

Todo el que haya leído el *William Meinster* de Goëthe, ese admirable y delicioso poema en prosa, del realismo más ideal, cuya protagonista ha popularizado Ambrosio Thomas con la más inspirada de sus óperas, habrá deseado ver una de esas ferias que tan bien describe el inmortal poeta alemán.

Las que se celebran en los suburbios de París conservan todo el carácter que revestían hace cuatro siglos. Ni el gas, ni la electricidad, ni las demás conquistas del progreso han alterado el aspecto general de esas flotantes ciudades en miniatura, donde las calles de tiendas, los tiros de ballesta, de pelota y de carabina, los columpios, los panoramas, los museos de figuras de cera, los circos, los teatros y todo ese conjunto de espectáculos é industrias que llenan tan extraño campamento, son en su esencia exactamente lo mismo que eran en la época en que pasa la acción del incomparable libro de Goëthe.

La prefectura de policía ha tratado de perseguir, en nombre de no sé qué leyes ó en virtud de no sé qué principios, alguna de las tradicionales industrias que forman parte de la esencia misma de las ferias. Vano empeño. Las sonámbulas extra-lúcidas, herederas directas de las brujas de la antigüedad, se han

burlado de los edictos protectorales, como se burlaron de leyes y anatemas sus endiabladas antecesoras. Hay algo más poderoso que los códigos y la voluntad de los gobernantes: la superstición de los pueblos. Mientras haya personas no iniciadas en los secretos de las ciencias, habrá quien crea en los arcanos de la nigromancia. Todo ignorante que sufre, deseará consultar un oráculo que pueda explicarle la causa, el remedio y el término de su sufrimiento, máxime cuando éste arranca de afectos pasionales; y si vive en la miseria, ó simplemente en la estrechez, ansiará rasgar el velo que cubre su porvenir. Por esto las sonámbulas, las adivinatoras, las que interrogan las cartas y leen en las líneas de la mano, las que explican los sueños y hacen horóscopos, gozarán siempre del favor del pueblo y seguirán ejerciendo su lucrativa profesión á despecho de todas las ordenanzas prohibitivas.

II

En la feria del pan de especias, que se celebra actualmente en la anchurosa plaza de la Nación y en las grandes vías que á ella convergen, he visitado como simple observador una sonámbula que goza de gran prestigio entre el bajo pueblo. Interrogada por mí, contestóme al principio con alguna reserva. Adiviné su recelo y le exhibí mi retrato-tarjeta de periodista.

- ¡Ah, es usted de la prensa!, exclamó tranquilizándose. Y se sometió gustosa á mi *interview*.

- He visto que rotula usted esta... oficina: *Gabinete de metoposcopia*. ¿Sabe usted el griego?

- Y el ruso y el húngaro y el caldeo y el egipcio.

- ¿Adivina usted realmente el porvenir?

- Y el presente y el pasado.

- ¿Por qué medios?

- Por la cartomancia, la metoposcopia y el sonambulismo.

- ¡Brujerías!

- ¡Usted me ofende! No soy bruja. Poseo la doble vista y sobre todo una grande inspiración, como lo atestiguan millares de pruebas. Yo soy la única que he dicho la verdad y explico á fondo los tres tiempos de la vida; la única que no empleo el equívoco y he

compuesto una bola luminosa en que se ve á las personas en bien ó en mal, incluso sus pensamientos.

- ¿En qué consiste y de qué modo se sirve usted de esa bola maravillosa?

- Esta es la parte secreta de mi trabajo. Yo empleo treinta y tres métodos desconocidos, y mis pronósticos son infalibles.

- Lo que más me interesa, en los procedimientos de usted, es la metoposcopia.

- Como que es una verdadera ciencia. Usted sabe que la *fisiognomía* es el arte de definir el carácter de las gentes por las líneas del rostro; sus reglas son generalmente de una aplicación exactísima. Aristóteles fué el primero que observó que cuando un hombre se parece á un animal, el parecido se extiende á las inclinaciones y á los hábitos. Todo el mundo sabe que Lebrún, el pintor de cámara del gran Rey, que era también un gran pintor, trazó una serie de dibujos que expresaban la relación de la figura humana con la de los animales. Y ¿quién no ha hecho análogas observaciones? Gall pretendía poder descubrir, por el examen de las protuberancias craneanas, las cualidades y los defectos de los individuos. Después de él, Lavater estableció definitivamente los principios de la *fisiognomía*.

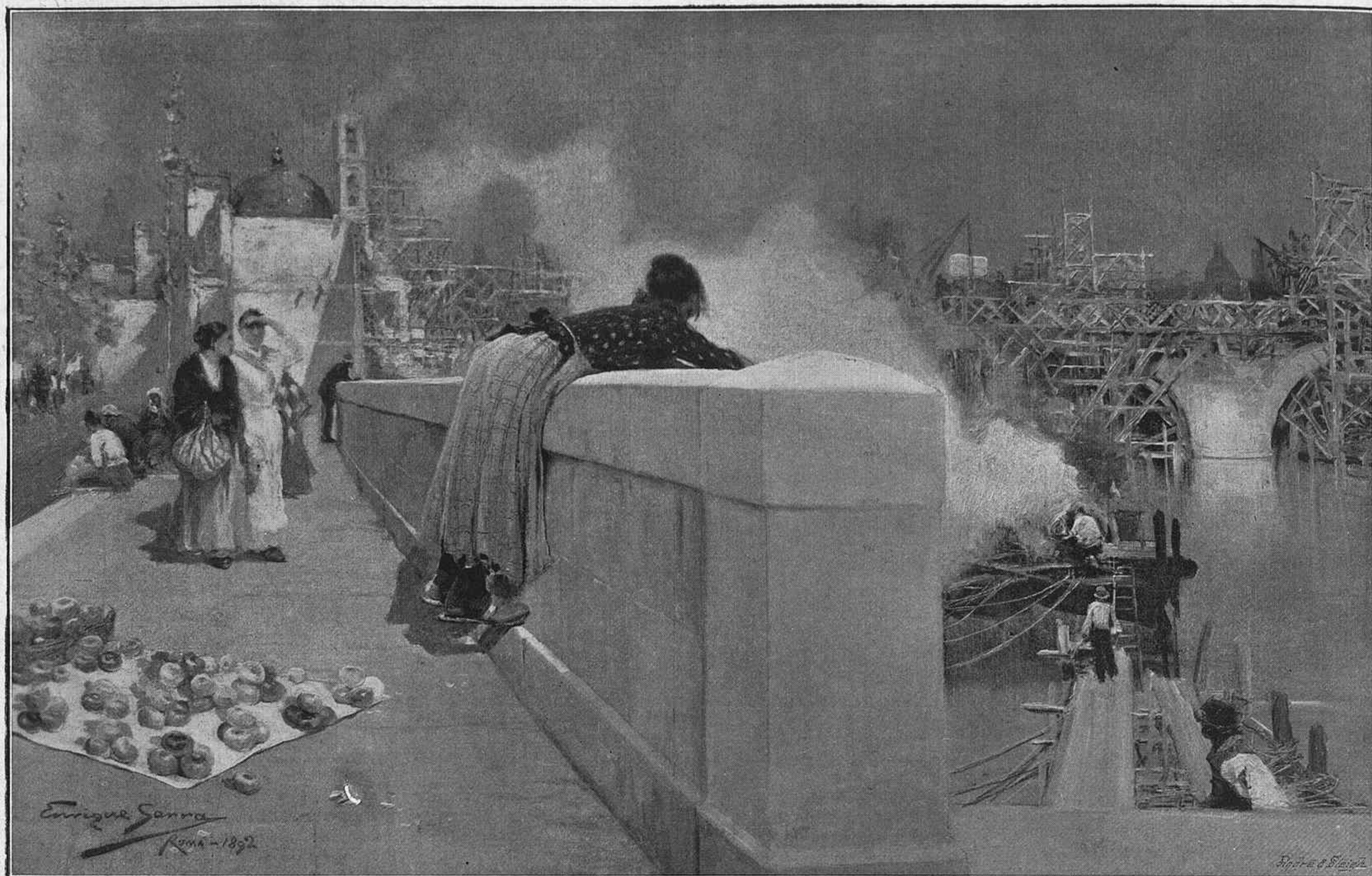
- Es usted un prodigio de erudición en la materia. Pero yo quisiera que pasase un momento de la teoría á la práctica. ¿Quiere usted decirme qué lee en las líneas de mi rostro?

- Dispense usted que no le complazca particularizando á tal extremo.

- Explíqueme, al menos en tesis general, las significaciones de las facciones.

- Existe un librito sumamente curioso, impreso en el año de gracia de 1643 y titulado *El pronóstico perpetuo tanto de las cosas celestes como de las humanas*. El autor, que oculta su nombre bajo el seudónimo de Beau Soleil y dedica su obra á «las gentes honradas,» dice que la frente estrecha es signo de pereza y holgazanería, mientras que la frente grande y abultada denota capacidad é ingenio. La frente aplastada que se ensancha mucho hacia las sienes, significa bestialidad indigna del hombre. Frente arrugada y ruda, denota falsía y engaño unas veces, y otras preocupación constante y locura. Frente cuadrada y bien

S. Azpiazu  
París.



Recuerdo del Tíber, cuadro de Enrique Serra

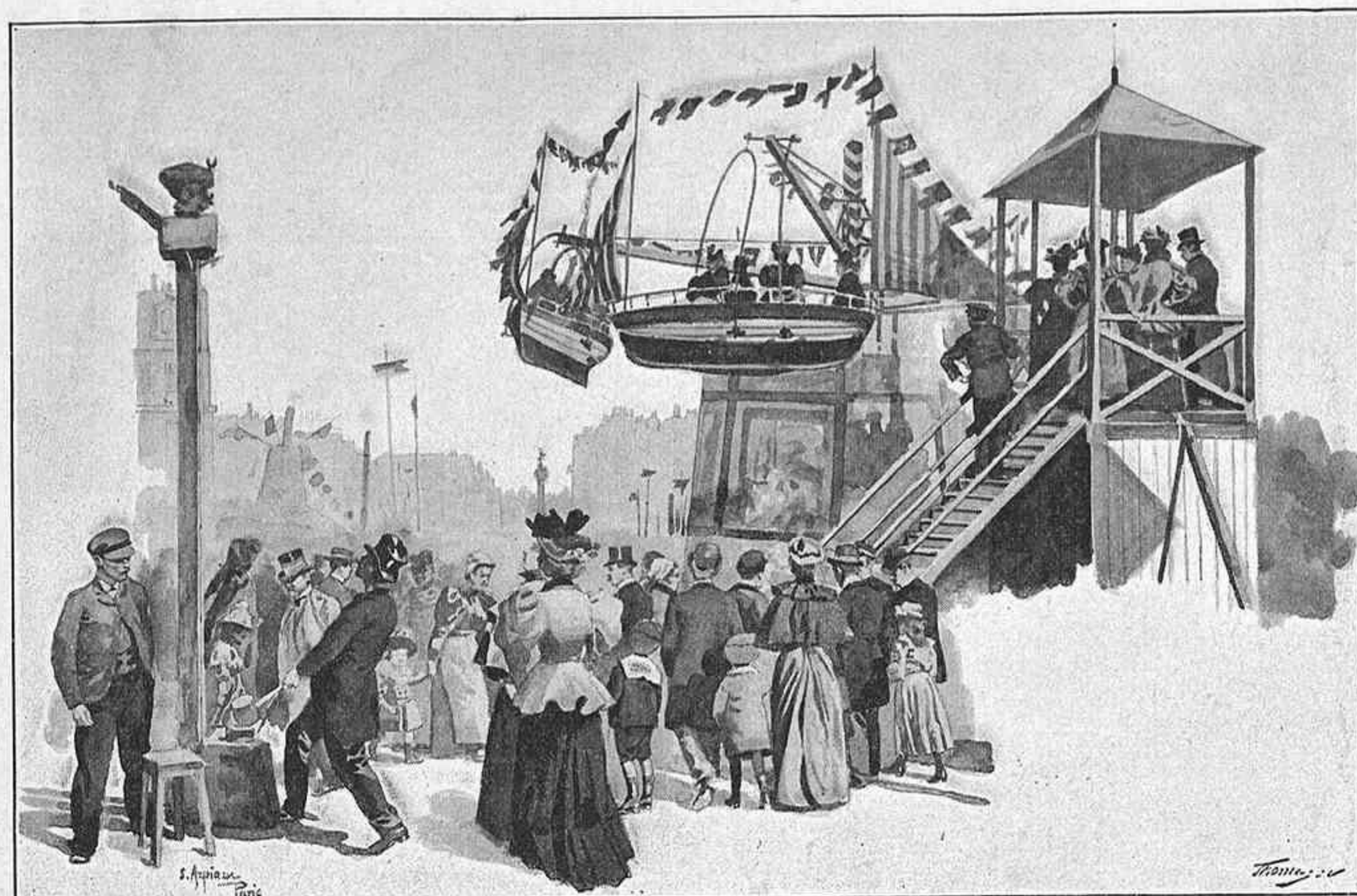


Mercado en un pueblo de Italia, cuadro de Enrique Serra





INVIERNO, dibujo estudio para un cuadro de Enrique Serra



Una instalación de caballitos y barcos del *tío Vivo* en la *Feria del pan de especias* de París, dibujo de Salvador Azpiazu

proporcionada revela gran valor y discernimiento. Frente muy alta es indicio de terquedad. Frente y rostro largos con pequeña barba, son propios de hombre cruel y tirano.

Con creciente animación, la sonámbula extralúcida me fué detallando minuciosamente la significación ó indicio de cada uno de los diferentes rasgos de las cejas, los ojos, la nariz, la boca y el rostro en general, sin omitir el cabello y los pelos de la cara. Pero la repetición de su discurso llenaría en esta crónica un espacio á que tienen derecho otras curiosidades de la feria.

### III

Imposible detenerse ante todas las *paradas* de músicos y saltimbanquis, y menos penetrar en todos los barracones donde se exhiben monstruos de tierra y de mar, enanos y gigantes, liliputienses y colosos, niños bicéfalos, beldades de todas las razas, antropófagos, figuras de cera, todo lo susceptible de atraer la curiosidad y producir rendimiento. No bastaría un mes para visitar todo lo que contiene la feria. El público se divide según la edad, la educación y el gusto, y mientras la gente menuda se deleita dando vueltas en los caballos y en los barcos del *tío-vivo*, asistiendo á las comedias de magia y á las funciones ecuestres ó haciendo provisión de juguetes y golosinas, la gente de bronce llena los circos romanos donde luchan á brazo partido formidables atletas, mide su fuerza en las básculas y su puntería en los tiros, presencia la distribución de la comida en las casas de fieras y *se echa* un viaje por el *Mar en tierra*, que es á la postre un vomitivo con música; los libertinos visitan las bellas circasianas que fuman tabaco argelino, las bayaderas que bailan la danza del vientre, los cuadros mímico-plásticos y las colosas que se dejan tocar la pantorrilla mediante un suplemento que constituye su *pequeño beneficio*; las amas de gobierno compran utensilios de cocina, cintas de todos colores, polvos para limpiar metales y matar las ratas y los chinches; las muchachas sentimentales asisten á las representaciones de *Las dos huérfanas* y hacen provisión de papel para su correspondencia amorosa.

### IV

En la mayor parte de los barracones, lo más notable es lo que se exhibe en el vestíbulo. A son de bombo y platillos, el director de la compañía, rodeado de sus artistas, entre los cuales figura casi siempre un mono sabio vestido de librea, explica á voz en cuello las maravillas que se presencian en el interior.

Allí están los héroes del pugilato. En el desquiciado frontón del circo se lee esta divisa caballeresca: *¡Honor y cortesía!*, debajo de una pintura que representa á un hombre en actitud de desvencijarle á otro la mandíbula de un puntapié. ¡Valiente cortesía y bonito honor! El empresario promete 500 francos al que lo venza; y para probar que los tiene, agita un puñado

de calderilla en una caja de latón. Hombre que reúne tales condiciones, serviría divinamente para fundar cualquiera sociedad de crédito.

Los principales aplausos son para la funámbula que hace verdaderos prodigios en su maroma. Parece una niña por lo ágil; pero las arrugas de su rostro acusan muchos años, aunque una compañera suya me afirma que no ha cumplido los cuarenta. Ha trabajado siendo moza en los primeros circos del mundo, y ha pasado á cien pies de altura por encima de los ríos más caudalosos.

— Hoy está en decadencia, dice mi amable interlocutora; pero ¡ah!, si la hubiese usted visto en sus buenos tiempos... La llamaban la hermana de las estrellas; y la verdad es que parecía rozar el cielo azul con su cabellera de oro ó rasgar las nubes con su altiva frente. Ha sido aplaudida por las manos que amasan los destinos de los pueblos. Las leyes implacables que nos atan á la tierra no existían para esa heroína del espacio, sostenida por alas invisibles. Su serenidad y su valor intrépido hacían de ella una criatura sobrenatural. Pero ¡ay!, estaba escrito que había de caer en la miseria con tanta rapidez como se había elevado á la gloria y la fortuna. Es una triste historia que acongoja y estremece.

— Me va interesando el relato. ¿Qué le pasó á esa desdichada?

— Una adivina pronosticó que haría prodigios en la maroma, conquistando entusiastas aplausos y una rápida fortuna. «Tus ojos serán ascuas, le dijo, y tu corazón hielo, hasta el día que pisarás sangre.» Mi compañera esperaba no pisarla jamás y se alegró del horóscopo. Cumplióse la primera parte de la profecía. La funámbula alcanzó pronto celebridad y fortuna, y escuchó con indiferencia las apasionadas declaraciones de amor que diariamente recibía. Debo advertir que cuando encontrábamos una gota de sangre en el camino, los compañeros tomaban á la chica en brazos por temor de que se cumpliera la amenaza de la buenaventura. Enamoróse locamente de ella un militar, que viéndose despreciado se suicidó en el circo durante la representación. Al irse á casa, la chica, trastornada por aquel trágico suceso, puso inadvertidamente los pies en un charco de sangre que se había formado en el vestíbulo mientras se llevaban el cadáver de su víctima. Desde aquella noche, la artista que había sido el ídolo del público, fué por él odiada, y su brillante fortuna se hundió como por maleficio. Enamoróse de un infame que la maltrata, la engaña con otras mujeres y le roba el dinero que gana en medio de tantas amarguras.

¡Cuánta miseria bajo el oropel de esos saltimbanquis! ¡Cuánto drama en el seno de esas compañías de histriones!

### V

Pensando en lo vano y efímero de la celebridad artística, fuíme á ver los monigotes de *pan de especias* que representan otra celebridad más positiva y duradera.

En cierta tertulia buscaban una definición de la

gloria, y el gran periodista Weis, que estaba apoyado en la chimenea, dijo: «La gloria consiste en llegar á ser de pan de especias.»

Esta gloria la han alcanzado pocos hombres y está próximo el día en que á todos les será negada, porque el gorrino-amuleto de pasta, miel y especias ha matado al monigote, que era el héroe de la feria.

El público está ahora por el puerco, sobre todo desde que industriales ingeniosos han dado en bautizarlo á gusto del comprador. Romeo no cabe en sí de gozo desde que una gorrina lleva el nombre de Julieta, y ésta brinca de amor porque hay marranos que se llaman Romeo.

Y mientras tanto, el clásico monigote solicita en vano una mirada compasiva y yace en el olvido, como amortajado en los adornos de azúcar que cubren sus ropajes de pasta de centeno y miel.

Estos monigotes datan de la época de Luis Felipe, cuyo molde, ligeramente modificado, sirvió para el de Thiers, que aún comparte esta gloria con la cantinera, la nodriza normanda, el general y el currutaco de rigor.

### VI

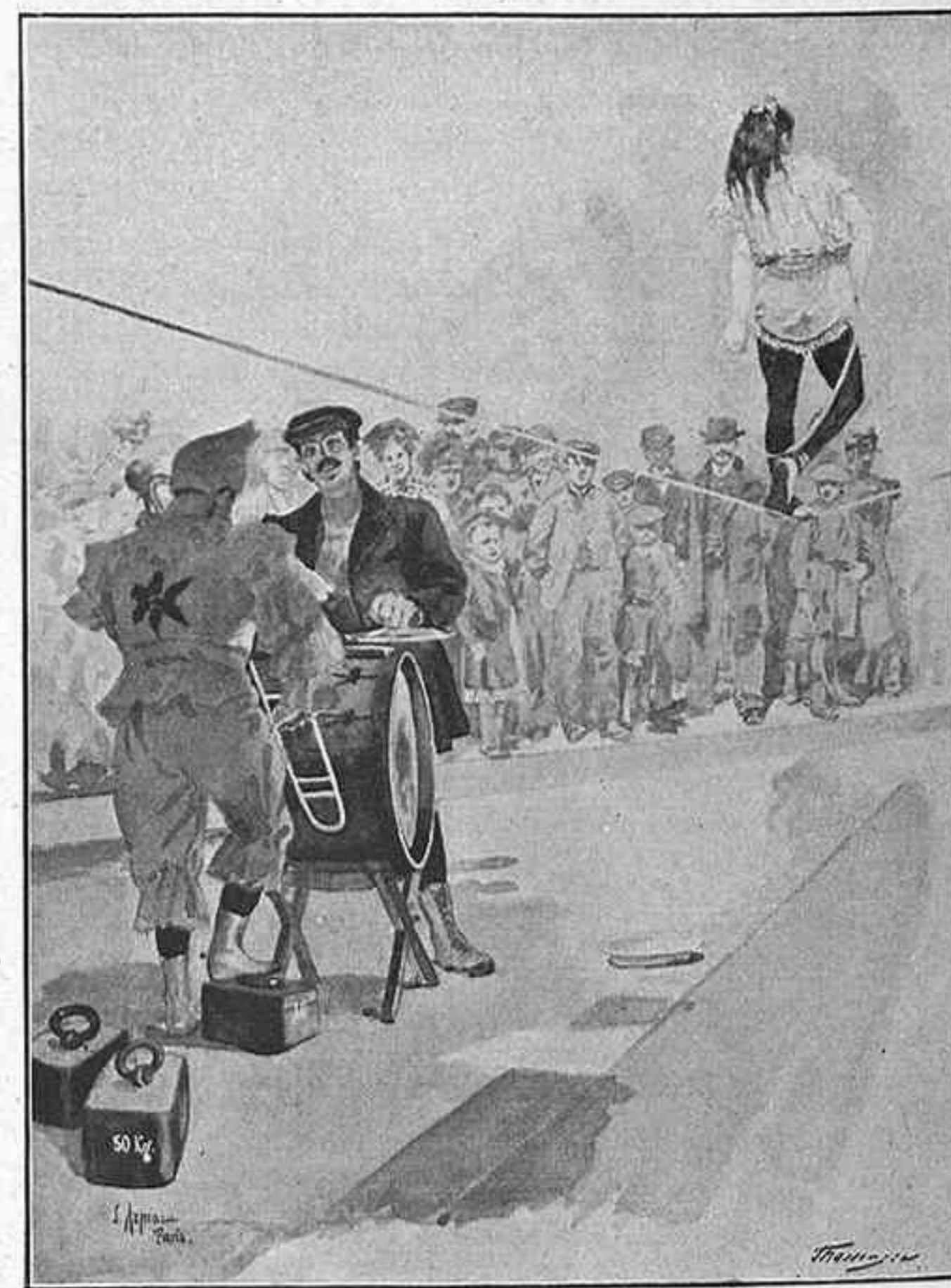
El general ocupa un puesto preeminente en esta galería de la escultura policroma, porque se presta á los adornos de relumbrón. Todas las batallas favorables á la Francia han tenido representación en esta feria, desde que se ha considerado como un deber el presentar la efigie del general vencido ó vencedor. Estas efigies no pueden considerarse precisamente como retratos, y es de suponer que no apelarán á ellas los artistas futuros que quieran reproducir la época presente.

La que hoy priva es la del emperador de Rusia, hecha con singular esmero. No fueron objeto de tanto cuidado las de Napoleón III y de Gambetta, que no llevaban sus nombres. Bismarck se vendió tres ó cuatro años seguidos, hasta que desapareció por queja de la embajada.

Thiers estuvo más ocurrente que el canciller de hierro. Al anunciarle que había sido caricaturado en forma de monigote de pan de especias, contestó á quien le preguntaba qué iba á hacer:

— Voy á felicitarle de semejante éxito y nada más. Ahora tengo la prueba de que mi nombre penetra en las masas, y mi orgullo no puede menos de estar satisfecho.

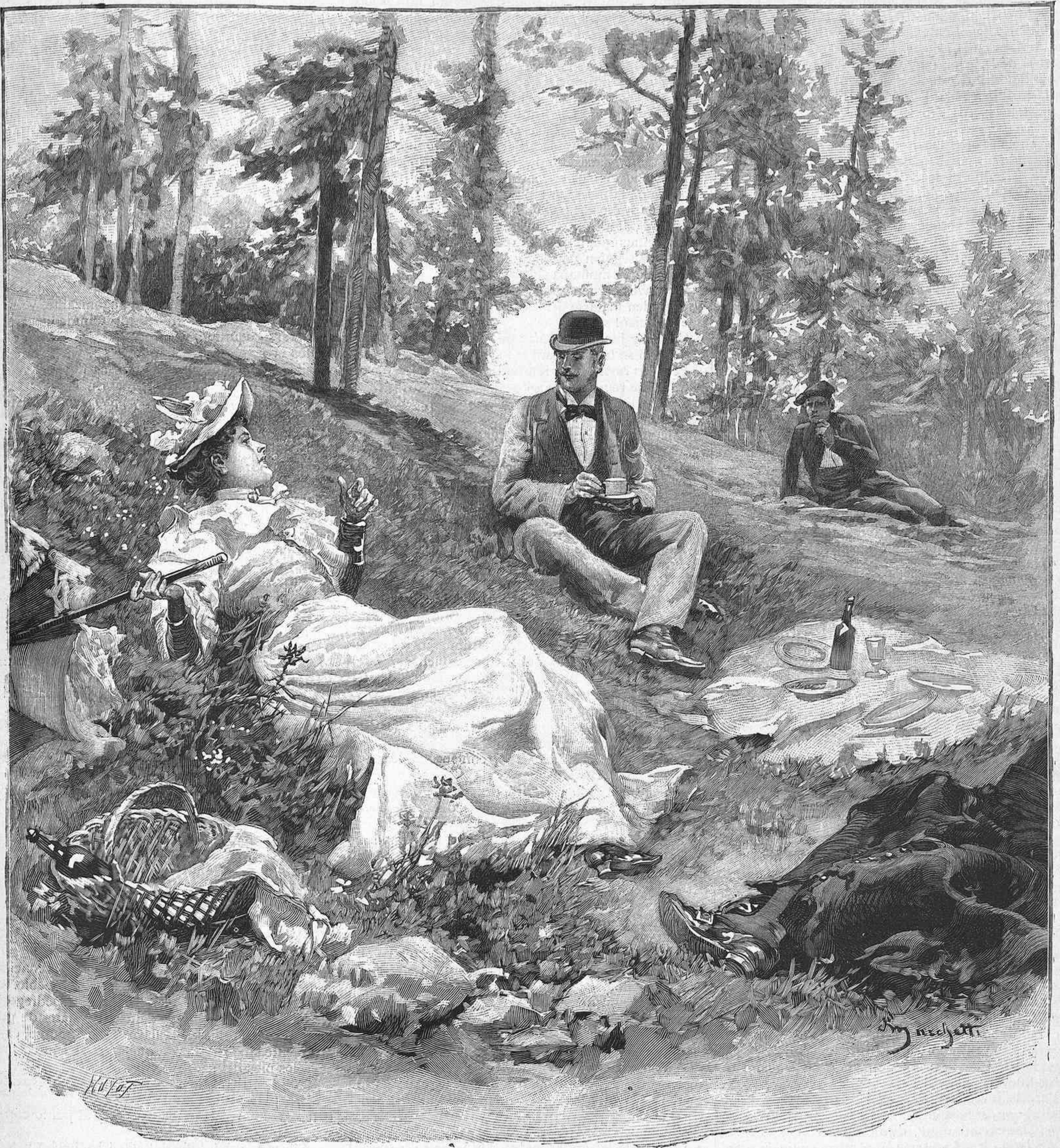
A últimos del segundo imperio, el bombero de Nanterre, que ya constituía una de las figuras indispensables del cancán, rivalizó en la feria del pan de especias con el velocípedo, entonces en plena boga. Hoy se ve al bombero en velocípedo, con una gorra en vez del casco.



En un barracón de titiriteros de la *Feria del pan de especias*, dibujo de Salvador Azpiazu

Esta industria que ayudaba á la historia fijando el grado de popularidad de los personajes, ha caído en el marasmo. El puerco ha destronado al prohombre en este fin de siglo naturalista.

JUAN B. ENSEÑAT



Y Silverio, vióla recostada sobre la hierba, coqueteando con Gastón, que le dirigía ardientes miradas

## LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y la joven se despidió del arroyo de Ribenac, que se hundía en un desfiladero, oscuro como un túnel. — ¡Ah! Mire usted esas montañas, dijo la joven. ¿No se diría que quieren escamotear el torrente bajo sus faldas? ¿Y aquellas rocas de allá arriba que están como suspendidas y alargan el cuello? No parece sino que adelantan la cabeza para ver qué ha sido del arroyo.

Y volviéndose de nuevo al guía, añadió:

— ¿No se va por aquí al bosque de Ribenac?

— Sí, señorita, contestó Silverio con una voz que apenas se oyó.

El montañés cerraba los ojos, porque no quería ver otra vez el bosque solemne que había cruzado en el mes de mayo, dando la mano á Jacobita. ¡Oh! Aquellos árboles gigantescos, de troncos rectos como columnas de bronce; aquellos árboles voraces, cuyas raíces oprimían las piedras como si fuesen las garras de un buitre, y aquellos pinabets jóvenes que elevaban sus brazos hacia el cielo, mientras que los secu-

lares los inclinaban hacia la tierra! ¡Sí, todo aquel bosque era imponente como una catedral de gigantes! ¡Las rocas cubiertas de musgo, la intrincada maleza y los manantiales cuyas aguas no se habían enturbiado nunca, corriendo bajo las flores que nadie pensaba en coger! ¡Y los troncos de color gris, que yacían como esqueletos en las solitarias pendientes! ¡Y aquellos patriarcas vegetales rodeados de sus verdosas tribus, aquellos colosos que dominaban á sus vástagos un siglo ó dos, y caían después de vetustez

sobre la montaña natal.. ¡Cuántos recuerdos evocaba todo esto en el alma del montañés! ¡Con qué recogimiento Jacobita y él habían contemplado aquellos árboles en la primavera pasada! ¡Oh! ¡Qué sacrilegio el de la joven que osaba volver allá cogida del brazo de otro! ¿No tenía ya corazón? ¿Era por ventura insensible á toda delicadeza y á toda piedad?

- ¡Bondadosos árboles, decíase Silverio mentalmente, perdonadla, porque debe estar loca!

Y con los ojos llenos de lágrimas, tocaba de vez en cuando un pinabete como para acariciarle.

- ¡Oye!, dijo el sacerdote furioso, ¿quieres coger una bronquitis, Jacobita?

- ¡Brr! Lo que es aquí deben llover pulmonías, dijo Gastón. ¡Y yo que no me he traído el pañuelo!

Y levantándose el cuello del chaqué, el abogado andaba mirándose las puntas de los zapatos, mientras saboreaba una pastilla de brea.

- ¡Me alegro: bien empleado le está á Jacobita, díjose Silverio; esto es lo que merece!

Y añadió con voz gangosa:

- ¿Quiere usted ponerse la chaqueta de franela, señor cura?

Pero el tutor no comprendió la indirecta, y al parecer tampoco Gastón, porque exclamó al punto:

- ¡Ah! ¿Lleva usted una chaqueta de repuesto? ¡Buena idea; si yo lo hubiera sabido!..

Silverio estaba vengado.

- ¡Ahora no les falta más, pensó, que entretenerse en leer el diario!

Efectivamente, muy pronto hablaron de la inteligencia franco-rusa.

- Y dicen que Inglaterra está de parte de Alemania, observó el sacerdote, levantándose la sotana para franquear un arroyo que llenaba de espuma los azules guijarros.

- Inglaterra nos hará siempre alguna de esas juergas, repuso Gastón, agachándose para pasar por debajo de las ramas de un enorme pinabete, de tronco liso como una columna de mármol. ¡Acuérdese usted de la guerra de los Cien Años!

Después los dos hombres emitieron cada cual su parecer sobre las tarifas aduaneras. El padre Bordes era proteccionista, y el abogado le convirtió casi al libre cambio, entre dos rocas enormes cubiertas de musgo verde que parecía una alfombra de terciopelo.

- ¡He ahí dos que comprenden la naturaleza!, se dijo Silverio con admiración.

Jacobita se mantenía separada, y sin duda estaba mordiendo los labios; Gastón se acercó á ella de pronto, y comprendiendo que había sido demasiado prosaico al hablar de pulmonías, quiso corregirse.

- ¡Qué hermosos árboles!, exclamó con lirismo. ¡Qué riquezas forestales hay en este rincón de Francia! ¡Aquí duermen millones por falta de vías de explotación! Con un pequeño Decauville...

La poesía triunfaba...

- ¡Qué miserable!, pensó Silverio.

Y observó con satisfacción que Jacobita se mostraba insensible al entusiasmo de su novio, pues subía sola á los pinos rojos del Gargos, los árboles trágicos y dolientes que elevan á más altura hacia el cielo los colores de la tierra.

- ¿Qué vegetal es ese?, preguntó Gastón al guía.

- El pino rojo, caballero.

- ¡Es muy extraño! ¿No es verdad, Jacobita?

- ¡Preciso será llevarme un pedazo de tronco para hacer hueveras!, dijo el sacerdote.

Pero la joven huía, golpeando nerviosamente las piedras con su bastón.

- ¡Almorcemos aquí!, dijo de pronto.

Y Silverio la vio sentarse en el mismo sitio de otras veces. ¿No respetaba nada? ¿Quería profanar todos los sitios donde había ido con su primer enamorado?

El montañés no tenía apetito, y mientras los demás comían, fué á sentarse al pie de un pino rojo. El almuerzo fué largo. El sacerdote refunfuñó un poco porque el burdeos se había alterado con el movimiento, pero los jóvenes rebosaban alegría. Silverio oyó las carcajadas sonoras de Jacobita, y habiendo vuelto la cabeza, á pesar suyo, para mirarla, vióla recostada sobre la hierba, coqueteando con Gastón, que le dirigía ardientes miradas.

¡Oh, qué punzada sintió el montañés en el corazón! Cerró los puños y rechinó los dientes, poseído de cólera, y volviendo la espalda á los novios, contempló un rebaño de carneros que pacían libremente, sin perro ni pastor, en las pendientes del Gargos.

De improvviso oyó como un choque por aquel lado, un ruido sordo semejante á un golpe de maza sobre la roca dura. Entonces se levantó y pudo ver dos carneros que luchaban en la montaña; eran dos animales vigorosos, anchos de cuerpo, con cuernos enroscados como dobles coronas, y peleaban con bravura no lejos del rebaño que pacía. Frente á frente, graves y animados por el rencor, mirábanse por espacio de

algunos segundos, y después, cayendo uno sobre otro, chocaban sus frentes duras con estrépito; luego retrocedían, mirándose siempre, para tomar más impulso, y preparado su golpe, lanzábanse al encuentro más intrépidos que antes, con tal fuerza que se oían crujir sus cuernos por el choque. Veinte veces se embistieron hasta que, por un golpe más violento, abrióse una frente y de ella brotó un gran chorro de sangre. Pero ¿qué importaba esto? La lucha continuó más furiosa y más implacable; el carnero herido no quería rendirse; cegado por la sangre, acometía aún, y temblando en el estremecimiento de la muerte, persistía en la pelea; sus piernas se doblaban, y á pesar de esto, presentaba con tenacidad su cabeza enrojecida al adversario victorioso, al aborrecido rival, mientras que las ovejas que habían motivado la contienda seguían pacientemente indiferentes las buenas hierbas de la montaña.

- ¡Bravos carneros, pensó el guía, felices animales que pueden matarse así lealmente por la compañera que codician!

Gastón y Jacobita seguían riéndose sobre la hierba. Silverio se levantó para ir más lejos.

Pero los turistas se reunieron con él á los pocos minutos de reposo, y la ascensión continuó.

El guía los condujo á la meseta pelada, y después llegó á las escarpaduras del pico.

Á la vista de aquellas rocas enormes que parecían formar una ola inmensa de quinientos metros de altura, el padre Bordes se detuvo.

- ¡Cómo, exclamó, queréis trepar hasta allá arriba! ¡Adelante si os place, rompeos la cabeza como queráis; pero yo no haré más que esperar aquí lo que de vosotros quede!

Y el sacerdote se dejó caer sobre una pendiente cubierta de hierba.

- ¡Pero padrino!..

- ¡Es inútil que prediquéis, porque no me moveré de aquí hasta que volváis á buscarme!

El padre Bordes tenía ya suficiente con lo hecho y prefería dejar que los novios continuaran solos su ascensión á tener que seguirlos por aquellos riscos. Sin embargo, para tranquilizar su conciencia de tutor, el buen sacerdote tiró á Silverio de la manga, y díjole á media voz:

- Tú los vigilarás, ¿no es verdad, amigo mío? No los pierdas de vista un momento.

Dicho esto y muy sofocado, comenzó á leer su breviario en alta voz.

- ¡Eh, Montguille!, gritó de pronto, interrumpiendo su lectura, déjame mi chaleco de franela...

¡Gracias, Dios te acompañe!

Entonces los jóvenes subieron con más rapidez, precedidos de Silverio, que iba silencioso y con la cabeza baja. Como los dos enamorados hablaban detrás de él de cosas que le perturbaban, olvidó observar las reglas elementales en aquella clase de ascensiones, y redobló el paso en vez de conservar una prudente lentitud; pero apresurábase en vano, porque Jacobita y Gastón se mantenían siempre cerca de él.

Cuando volvía la cabeza en un nuevo sendero, veíalos cogidos de la mano, y cuando se detenía para dejarlos respirar un poco, oíalos murmurar palabras tiernas. Adivinaba los suspiros apasionados del uno y los mudos rubores de la otra, y su sangre hervía en las venas y su cuerpo se estremecía de celos. Aquella montaña era su calvario, y aquella ascensión se convertía para él en un verdadero via crucis. Quiso andar más de prisa aún, pero temió dejar á los enamorados en el camino, porque podían quedarse detrás de alguna roca, y continuó su ascensión dolorosa á través de las áridas moles, á lo largo de escabrosos senderos y por desoladas cornisas.

Á la una del día, después de franquear la última escarpadura, vió que las rocas parecían aplanarse, que la cresta se reducía, y que el suelo se hundía, surgiendo entonces los Pirineos por todas partes: estaba en la cima del Gargos.

Silverio se detuvo, y dejó pasar á los enamorados por delante de él; siempre cogidos de la mano, subieron á la piedra culminante del pico y miraron las cimas de los alrededores.

El guía no pronunciaba palabra; cerró los ojos, y no quiso ver los Pirineos que tan queridos le eran, los buenos amigos de corazón de mármol y de nevada cabeza. Jacobita le obligó al punto á hablar y á ver.

- Tenga usted la bondad, dijo, señalando las montañas en el horizonte, de darnos á conocer los nombres de esas cimas.

Y Silverio, con voz temblorosa y debilitada, dijo:

- Veán ustedes, á Levante, el Pico del Mediodía de Bigorra, las puntas agrietadas del Tourmalet, y á la derecha, allá en el fondo, los Montes Malditos. He ahí, al Sur, la cúpula del Monte Perdido y el Marboré con sus torres; en esa montaña se ve el Circo de Gavarnie, con sus anfiteatros de cuatro kilóme-

tros de circunferencia y su cascada de cuatrocientos veintidós metros de altura. Al Sudoeste, el Vignemale y su pico, el Balaitous y su glaciar...

Silverio se interrumpió; no podía continuar, porque el llanto ahogaba su voz; la prueba era demasiado cruel. Veía á Jacobita en el sitio mismo donde él la había declarado su amor, en el lugar bendito donde juró plantar una cruz; y al inclinar la cabeza para ocultar su turbación, observó que la joven estrechaba amorosamente las manos de su novio.

- ¡Oh!, murmuró, exhalando un suspiro.

Y se puso la mano sobre el corazón como si hubiese recibido una herida mortal, el golpe de gracia que aniquila.

Después alejóse de allí, bajó presuroso, desapareció detrás de las rocas de la cumbre, y dejando á los enamorados en la cima del Gargos, no pensó más que en huir. Sus piernas flaqueaban como las del carnero ensangrentado; su respiración parecía entre sus labios un silbido, el soplido de un agonizante, y varias veces debió apoyarse en las rocas inmediatas para conservar el equilibrio. Oía pasos tras sí: era sin duda que los novios le alcanzaban; pero sin volver la cabeza, siguió bajando por las cornisas desoladas y los escabrosos senderos entre las rocas peladas.

Encontró al padre Bordes y prosiguió su marcha hacia el caserío.

No pronunció una palabra, porque temía desfallecer, caerse antes de llegar al punto deseado, y aceleró el paso por las escarpadas sendas. Andaba maquinalmente, como una piedra que rueda, sin mirar nada; pero de vez en cuando sobrecogíale un vértigo desconocido, y entonces se detenía, pasándose la mano por los ojos.

- ¡Con tal que pueda llegar á la gruta!, pensaba con ansiedad.

No quería que Jacobita viese su dolor, no quería desmayarse delante de ella; reunió sus últimas fuerzas y apresuró el paso.

- ¡Eh, muchacho!, gritaba el eclesiástico. ¿Qué te ha dado? ¡Apenas podremos seguirte!

Los novios corrían, cogidos de la mano; y en menos de una hora avistaron la gruta.

Silverio respiró con más desahogo; las apariencias se habían salvado.

Pero en el mismo instante Jacobita se acercó á él.

- Señor guía, dijo, ¿tendrá usted aquí la llave de su cabaña? Si me lo permite quisiera enseñar la gruta al Sr. Roumigas... Ya verá usted qué curiosa es, añádió, volviéndose hacia Gastón. ¡Hay unos rincones tan singulares!

Silverio se detuvo: creyó comprender las intenciones de Jacobita.

El guía cerró los ojos, vaciló durante dos segundos, y después, resignándose silenciosamente, buscó la llave en su bolsillo. Sus dedos temblaban y no podían cogerla, pero al fin la sacó y presentóselas á Jacobita.

- ¡Gracias, dijo la joven, vamos á devolvérsela á usted al momento!

Y condujo á su prometido hacia la puerta.

Desde aquel instante, Silverio no tuvo ya conciencia de sus actos; se alejó en dirección al pueblo, en pos del sacerdote; vaciló en el barranco pedregoso, su vista se turbó en los peldaños irregulares de granito, y al oír el ruido de la llave en la cerradura, cayó suavemente sin exhalar una queja pocos metros más allá, á los pies del padre Bordes.

- ¡Ah, Señor!, exclamó el sacerdote con espanto. ¡Socorro! ¡El guía se ha matado!

Jacobita oyó esta exclamación, y al punto corrió hacia donde el tutor gritaba.

- ¡Silverio, gritó, Silverio! ¿Qué ha hecho usted?

Y llegando junto al cuerpo del guía, arrojóse á su lado, y puso la mano sobre el corazón de su antiguo novio.

- ¡Loado sea Dios, exclamó, aún vive! No debe haberse hecho daño alguno... ¿De dónde ha caído?..

- ¡Levantémosle, padrino, yo se lo ruego! ¡Ayúde-me usted, pronto!

Y cogió al guía por debajo de los brazos para llevárselo al presbiterio.

Pero de pronto, al ver que abría los ojos, aquellos ojos azules de tan triste expresión, Jacobita rompió á llorar, y apoyando su cabeza sobre el pecho del montañés, balbuceó:

- ¡Perdón, Silverio, perdón!

Después, sin hacer caso del sacerdote, sin cuidarse tampoco del joven Roumigas, oprimió cariñosamente entre sus manos la frente del antiguo amigo.

- ¡Pero Jacobita!.. murmuró Gastón; me parece que semejante conducta...

La joven no le escuchaba.

- ¡Perdón!, seguía diciendo á Silverio desvanecido. Usted es el hombre á quien amo, ¿me entiende usted? ¡Y todo lo que hoy he hecho era para saber si usted me correspondía aún!

El sacerdote estaba perplejo ante aquel espectáculo, y Gastón tan pálido que parecía verde.

— ¡Es demasiada audacia!, gritó. ¡Nadie se puede burlar tan impunemente de las personas!

Y mirando con fijeza á la joven, añadió:

— Señorita, esta escena se prolonga en demasía, y le ruego que elija inmediatamente entre el guía y yo, porque uno de los dos sobra aquí.

— En efecto, caballero, puede usted retirarse, repuso la joven con indiferencia.

El sacerdote dió un brinco al oír estas palabras.

— ¡Jacobita!, exclamó. ¡Ah, Señor!.. ¿Y usted, amigo Gastón?.. ¡Ah, qué compromiso!

El buen eclesiástico abrió desmesuradamente los ojos entre los dos enamorados de la víspera, sin saber de qué lado volverse.

Pero Jacobita no quería perder tiempo; había llamado al jardinero Toutón, y con su auxilio llevaba al presbiterio al pequeño montañés desmayado.

— ¡Santos ángeles! ¿Qué ha sucedido?, exclamó Poupotte al abrir las puertas de la casa. ¡Seguramente un resbalón en la montaña! ¡Cuando yo decía que hubiera sido mejor irse á oír la música!.. ¿Tenía yo razón?.. Y á usted, señor cura, ¿no le ha sucedido nada? ¡Está usted un poco pálido!.. Voy á prepararle una infusión de menta.

Entretanto Jacobita y Toutón se llevaban á Silverio por el pasillo.

— ¿Dónde le dejaremos, señorita?

— En una habitación, si es posible.

— Pues entonces, en el primer piso.

— No, sería incómodo. ¡Mire usted, por aquí!

Silverio fué depositado sobre el lecho de Jacobita.

— ¡Gracias, Toutón!, dijo la joven. Y ahora, si quiere usted prestarme un gran servicio, monte en la yegua y vaya á casa de mi tío, el doctor Enrique Bordes de Aigues-Vives, para rogarle que venga á Gargos lo más pronto posible. Le espero esta tarde.

— ¡Bien, señorita!

Toutón salió al punto.

Silverio seguía con los ojos cerrados, y oíase apenas respirar. Jacobita le puso una segunda almohada debajo de la cabeza, y pidió sales á Poupotte.

Pero el padre Bordes entraba con una taza humeante en la mano.

— ¡Cómo, exclamó, en tu habitación!

— Necesario era, puesto que no hay otra en el piso bajo.

— ¿Pues y la mía?

— No he osado, padrino, porque probablemente le hubiera molestado.

— ¡Oh! Espero que ese muchacho no se eternizará aquí.

— ¡Dios lo quiera, pero entretanto, sigue privado de conocimiento!

El sacerdote bebióse el contenido de su taza y dejóla sobre la mesa.

— ¡Qué enredo, Señor qué enredo!, exclamó. ¡Qué situación tan crítica es la mía! Gastón se ha ido enojado... ¿Qué pensará de nosotros?.. ¿Y su padre? ¿Y los vecinos de Gargos? ¡Ah, Señor, iluminadme!

Y dejándose caer en un sillón, hundió los dedos desesperadamente en su tabaquera de nácar.

Después, recogiendo un instante murmuró, inclinándose la cabeza:

— ¡Estoy molido!.. ¡Esa subida, esa bajada, esos resbalones y esa emoción final! ¡Es demasiado para un hombre solo, y habría suficiente para coger una enfermedad de corazón!.. ¡Estoy molido!

Cinco minutos después el buen eclesiástico roncaba.

## IX

Silverio no recobraba los sentidos; sus ojos se habían abierto durante dos segundos, cuando las lágrimas de Jacobita cayeron sobre su rostro; pero no había comprendido nada. Permanecía inerte en el blanco lecho de la joven, y apenas un breve soplo dilatava su pecho, soplo ligero como el del niño que duerme.

Un cuarto de hora transcurrió así; después el alma de Silverio pareció despertar; experimentó una sensación aguda en las fosas nasales y figuróse que las tinieblas se movían en su cerebro; volvió la cabeza penosamente para librarse de aquella sensación que le perseguía, y parecióle oír un suspiro de esperanza. Entonces abrió los ojos, y vió claramente el rostro moreno de Jacobita inclinado sobre él; mas no comprendió aún, y sus párpados cansados volvieron á cerrarse. Sin embargo, una voz que le llamaba hirió su oído, una voz triste, que parecía lejana:

— ¡Silverio, Silverio!

¿Soñaba acaso? ¿No percibía un eco de aquella noche espantosa en que había abandonado á Jacobita en la montaña?

— ¡Silverio!

¿No era un recuerdo de aquella separación desgarradora, que conmovía ahora su corazón?

— ¡Silverio!

Pero la voz parecía acercarse; era más distinta y más perturbadora, y el soplo que la conducía rozaba su frente.

— ¡Silverio, soy yo, Jacobita!.. ¿Me oye usted?

El guía abrió los ojos por tercera vez, miró á su alrededor, y la luz se hizo definitivamente en su cerebro.

Entonces lo recordó todo, la ascensión al Gargos, la bajada, la llave y la caída; adivinó que le habían conducido al presbiterio, y que aquellos sentidos llamamientos eran de la señorita Marcadieu, arrodillada á su lado.

— ¡Ah, me oye usted al fin, continuó la voz de la

y muy pronto las impresiones de Silverio fueron más precisas. Adivinó que se hallaba en la habitación de la joven, reconoció su perfume, aquel perfume tan suave que él llamaba, por falta de conocimientos, olor de primavera, que se exhalaba de todas las cosas que había á su alrededor, y sintióse feliz como si se hallase bajo el dominio de un delicioso sueño. Al mediodía parecióle que su mal había pasado; hallábase tan bien dispuesto como los días anteriores, y entonces quiso levantarse, dar gracias al padre Bordes y volver á su gruta; pero Jacobita se opuso.

— El doctor ha ordenado completo reposo, dijo. ¡Está prohibido moverse! Si es *Morrudo* lo que le inquieta, sepa usted que Toutón le ha llevado ya heno.

Al pronunciar estas palabras, Jacobita arreglaba la ropa de la cama con sus bellas manos.



¡Ah, Señor!, exclamó el sacerdote con espanto. ¡Socorro! ¡El guía se ha matado!

joven, me oye usted, Silverio! ¡Reconoce á Jacobita, que le ama, y que jamás amó á ningún otro!

El guía escuchó estas palabras religiosamente, sin respirar, como si no hubiese querido perder nada de sus vibraciones benditas, y después, una sonrisa de felicidad le transfiguró. Sus ojos no se cerraron, mas no por eso vió mucho más, porque se llenaban lentamente de lágrimas luminosas.

— ¡Le amo á usted, Silverio; siempre le amé, continuó la joven, y veo que también usted me ama todavía! ¡Oh, qué hermosa es la vida!

En voz baja, y tal vez inconscientemente, el guía contestó:

— ¡Sí, la amo á usted, Jacobita, y yo tampoco he amado á nadie más!

Dicho esto, Silverio enmudeció; las palabras no podían expresar lo que en aquel momento experimentaba; continuó llorando, y su alma desahogada comunicó á su rostro una expresión radiante.

Aún no tenía suficientes fuerzas para soportar semejantes alegrías; los objetos se desvanecieron ante sus ojos, los rumores se atenuaron en sus oídos, y las tinieblas, disipadas un instante, invadieron otra vez su cerebro. Un estremecimiento progresivo agitó todo su ser, un calor creciente le sobrecogió poco á poco y por todo su cuerpo se extendió un fuego ardiente.

Así permaneció largo tiempo, con una vaga noción de las cosas exteriores. Adivinó, más bien que vió, el fin del día, la luz de una lámpara, la llegada de un médico, las idas y venidas de Jacobita, del padre Bordes y de Poupotte, mientras las horas transcurrían, tristes y monótonas, marcadas á lo lejos por el timbre melancólico de un reloj.

La noche pasó; la azulada mañana hizo palidecer la lamparilla; el enfermo sintió los dedos de Jacobita que le daban de beber, y al volverse, la negra figura del padre Bordes hundida en un sillón.

La fiebre disminuyó en el transcurso de la mañana,

A las dos, aprovechando la hora en que el sacerdote descansaba en su lecho de las fatigas de la víspera, Jacobita hizo confidencias muy tiernas á Silverio, refiriéndole todo cuanto había pasado desde su separación.

Le habló de su tristeza, de su desesperación y de sus maldiciones después de aquella espantosa noche de junio.

— ¡Ah, Silverio, dijo, yo estaba furiosa, porque me había usted resentido cruelmente, y juré que le arrancaría los ojos si llegaba á encontrarle algún día!.. Le he buscado á usted por todas partes. Por su padre supe que había usted ido á Eaux-Chaudes, y al punto me lancé en su persecución; encontré sus huellas en varias ciudades, en Eaux-Bonnes, en Cauterets y en Luchón; pero siempre llegué tarde. ¡Dios mío, qué desgraciada era! Imagínese usted que me ha sido necesario decir mentiras é idear proyectos para decidir al sacerdote, que es tan sedentario y tan gruñón, á que me acompañara en todos los viajes. ¡Y ese imbécil de abogado tolosano, de quien yo debía aparecer enamorada y con el cual había de casarme, tan sólo para que usted tuviera celos el día en que regresase! ¡Ah! ¡Cómo he sufrido al lado de ese necio! ¡Qué patán tan fastidioso! ¡Le oyó usted hablar ayer del libre cambio en el bosque de Ribenac? ¡Qué monstruo! Yo le hubiera asado vivo. ¡Qué ganas me daban de saltar al cuello de usted, abrazarle de grado ó por fuerza y gritar: «¡Tanto peor si no me ama, porque yo le adoro!» ¡Oh, Silverio mío, usted se figuró que yo le había abrazado allá arriba en el Gargos; pero es un error! Lo fingí para vengarme, para hacerle saltar de rabia, para castigarle por haberme abandonado tres meses antes, rechazándome vilmente y sin razón como un cobarde... ¡Oh! Dispénsese usted, porque aún me indigno. ¡Bien puede ver que yo aborrezco con la misma fuerza que amo, con toda mi alma!

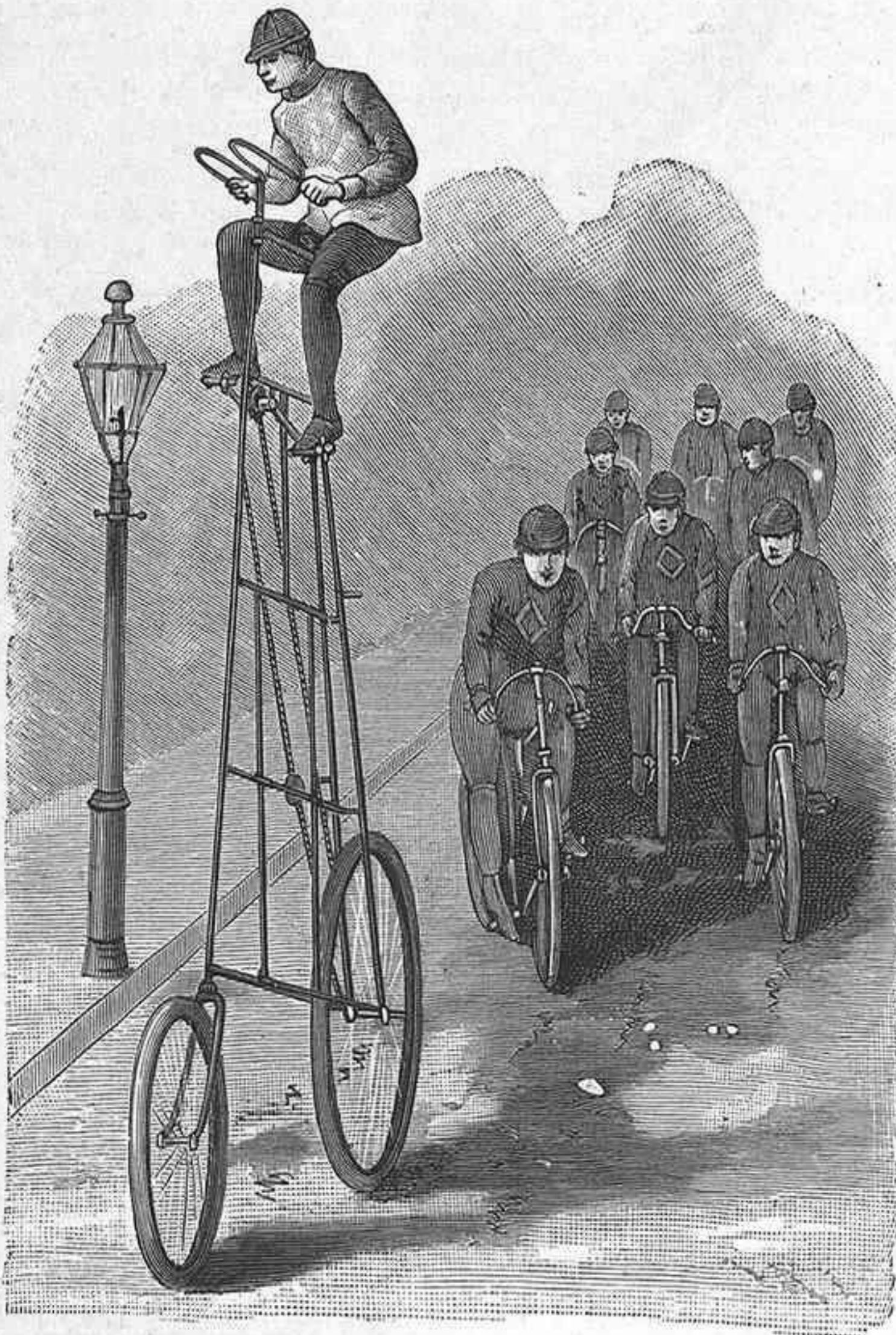
(Continuará)

## SECCIÓN CIENTÍFICA

## VELOCÍPEDO TORRE EIFFEL

El aparato que nuestro grabado reproduce circula actualmente por las calles de Nueva York llamando la atención de los yankees. Como se ve, sobre una armadura igual á la de un velocípedo ordinario levántase un alto armatoste de hierro, coronado por el asiento que ha de ocupar el velocipedista. Este se encuentra colocado á más de 10 pies ingleses de altura sobre el nivel del suelo, y al verlo correr con el aparato con bastante velocidad y doblando fácilmente las esquinas, se comprende que domina por completo el aparato.

Para subir á él necesitase que alguien aguante el velocípedo mientras el velocipedista se encarama por detrás. Las desigualdades del suelo constituyen grandes dificultades para la máquina, pues siendo la cadena rotatoria relativamente muy larga y muy pesada, con mucha facilidad pierde el aparato el equilibrio. La rueda dentada que hace mover la cadena co-



Velocípedo torre Eiffel

munica el movimiento á la rueda trasera, y para evitar que oscile por los lados encaja en una especie de polea colocada en la rueda de atrás.

La rueda de delante tiene 28 pulgadas inglesas de diámetro y la trasera 36. La altura total del aparato es de 13 pies.

Este velocípedo ha sido construído en Inglaterra.

Cuando su dueño montado en él se pasea por las calles de Nueva York suelen agruparse á su alrededor varios velocipedistas, que jinetes en sus máquinas ordinarias forman una especie de guardia de honor á su elevado colega y tienen que abrirle paso en muchas ocasiones.

La utilidad de ese feo y poco cómodo armatoste, que sólo á título de curiosidad reproducimos, no se acierta á comprender cuál sea. Quizás á su dueño le basta con el placer de llamar la atención y de considerarse muy por encima de sus semejantes. - C.

\* \*

## FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

## CHASSIS Á MERCURIO

El método indicado por el profesor Lippmann para obtener la reproducción de los colores por medio de la fotografía no ha entrado todavía en el dominio de la práctica, porque hasta ahora no ha sido posible adquirir en el comercio placas que reúnan las condiciones indispensables para que el fenómeno de las interferencias produzca el resultado que se desea: estas placas se las ha de preparar uno mismo, lo cual nos hace retroceder á los tiempos del daguerrotipo sobre placas de cobre, tiempos en los que había muchos menos aficionados que en la actualidad.

Aunque el procedimiento no esté al alcance de todo el mundo, puede suponerse, sin embargo, que entre los aficionados á la fotografía instruídos los hay dispuestos por lo menos á practicar algunos ensayos, y es también de esperar que los fabricantes de placas no tardarán en surtirnos de emulsiones dispuestas para ser empleadas. Muchos constructores han estudiado ya *chassis* especiales en extremo prácticos que permiten fácilmente colocar la capa sensible en las condiciones requeridas, es decir, en contacto directo con el mercurio. Dos modelos especialmente han llamado nuestra atención, modelos que bajo formas diferentes reúnen los requisitos necesarios.

El que ha construído M. Richard, siguiendo las indicaciones de M. Contamine (fig. 1), compónese, como todos los *chassis* fotográficos, de un marco de madera H, provisto de ranuras que permiten colocarlo en su sitio detrás de la cámara, y de un postigo ó cortina destinada á ocultar la placa hasta el momento en que tiene que ser expuesta á la luz. El fondo del *chassis* está formado por un depósito A en el cual se echa mercurio por el tapón de tornillo B, y está dividido en dos partes, en el sentido de la altura, por una plancha de hierro F que sólo por dos de sus lados se ajusta al marco, pues los otros dos, el de arriba y el de abajo, no tocan á la madera.

En las condiciones dichas, cuando el *chassis* descansa de plano sobre el fondo O, el mercurio permanece en el depósito y se puede colocar en su sitio el cristal sensible: éste, G, se pone en un espaldón practicado en el marco y guarnecido de piel de gamuza; un segundo marco de la misma piel P se coloca por encima del cristal, y el todo está sólidamente sostenido por un marco de hierro A sólidamente sujeto por cuatro corchetes D, de los que sólo dos se ven en nuestro grabado, que está cortado por uno de sus lados.

En tales condiciones, si se levanta verticalmente el *chassis* el mercurio pasa debajo de la plancha de hierro F y se eleva para recobrar su nivel en el espacio comprendido entre F y G: la cantidad de mercurio es bastante para que el cristal quede completamente cubierto. Cuando ha terminado la exposición, se vuelve á colocar en situación plana el *chassis* para cambiar el cristal y reemplazarlo por un cristal cualquiera: el mercurio queda en el aparato, el cual, gracias á las pieles de gamuza y al marco de hierro, se cierra bastante herméticamente para que se le pueda transportar en todas las posiciones y sin precauciones especiales.

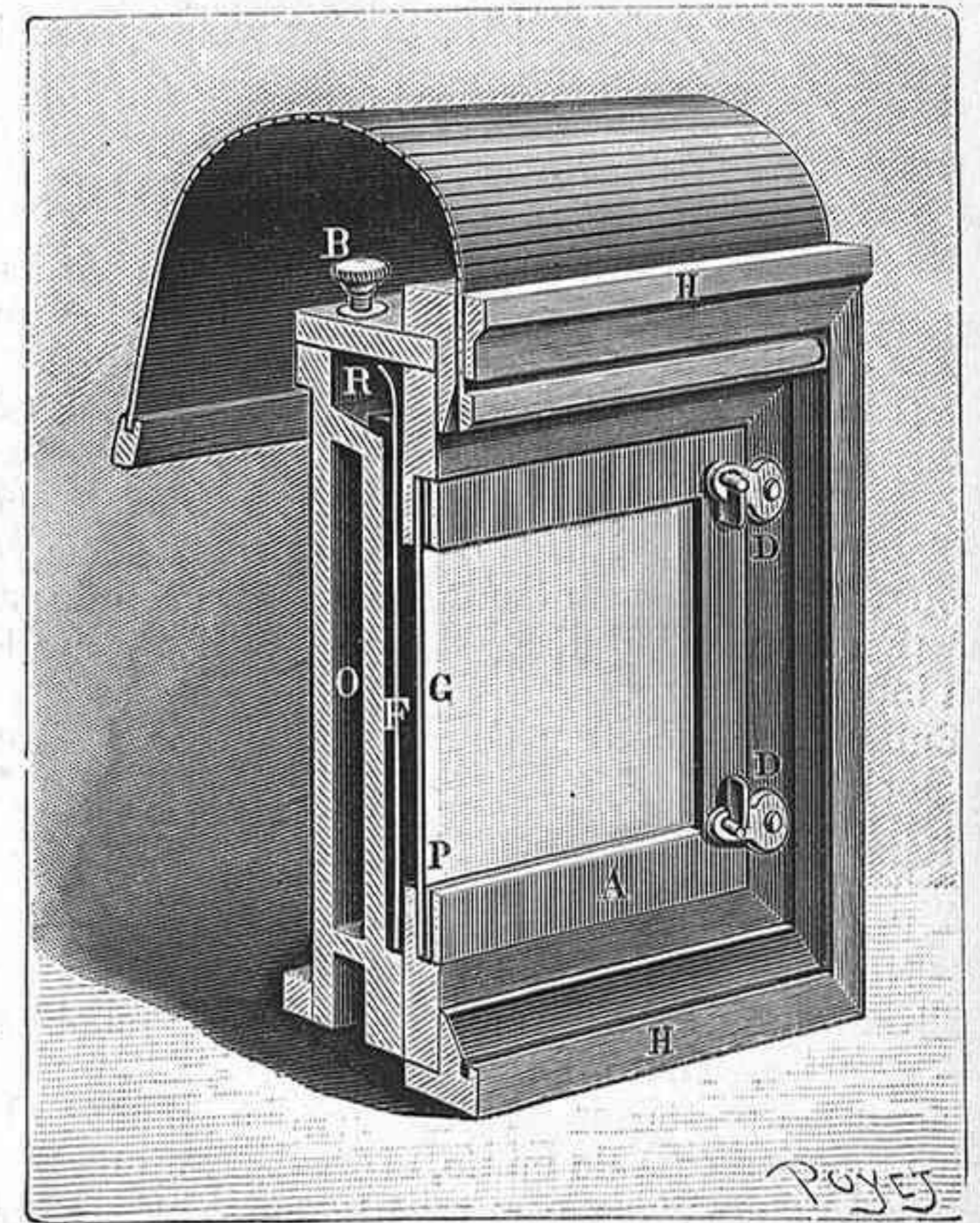
La figura 2 representa otro modelo construído por M. Mackenstein, que recuerda, por lo menos por el sistema de introducción del mercurio, el utilizado por los Sres. Lumiere hermanos para obtener sus retratos y paisajes. Empléase un *chassis* doble del modelo llamado inglés, es decir, del que se abre por el centro; pero la separación que tienen los de esta clase está suprimida, y en uno de los lados se fija de una manera estable una placa de cristal blanco F, se pega por encima un marco D de piel de gamuza y en uno de los ángulos se fija un tubo con llave R. La placa sensible G se coloca por encima y se cierra el *chassis*: un marco de muelle A puesto en la parte del aparato que lleva también el postigo V oprime la placa G contra la piel de gamuza y cierra herméticamente el espacio comprendido entre G y F, en donde se introduce el mercurio cuando el *chassis* está colocado en la cámara obscura. Para ello basta fijar en R el extremo de un tubo de caucho, cuyo otro extremo comunica con una pera de piel de gamuza que contiene mercurio: elevando esta pera por encima del *chassis*, el mercurio llena el espacio comprendido entre los cristales, escapándose el aire por los poros de la piel.

Para poner á foco puede procederse como de ordinario sobre el cristal opaco de la cámara, pero esto no es necesario y aun es preferible hacerlo sobre el mismo *chassis*: como el fondo de éste F es transparente, basta, en efecto, colocar provisionalmente un cristal opaco en G y levantar el postigo V para que la imagen sea visible cuando el *chassis* está en su sitio en la cámara: reemplazando luego el cristal opaco por la placa sensible puede tenerse la seguridad de que hay coincidencia absoluta.

Es de esperar que la creación de este nuevo material contribuirá á impulsar á los aficionados á estudiar algo más la cuestión interesante de la reproducción de los colores. - G. MARESCHAL.

## EL TEMPLE DEL ACERO

El temple del acero es una de las cuestiones que más se han estudiado hasta ahora y la que ha dado lugar á los más notables trabajos, como se prueba con sólo recordar los muchos experimentos realizados para determinar la constitución molecular de ese metal. M. Charpy ha presentado recientemente á la *Sociedad para el fomento de la industria nacional*, de Pa-

Fotografía de los colores  
Fig. 1. - Chassis á mercurio de M. Richard

rís, una comunicación muy interesante sobre este asunto. Sus experimentos se refieren á 16 metales que comprenden:

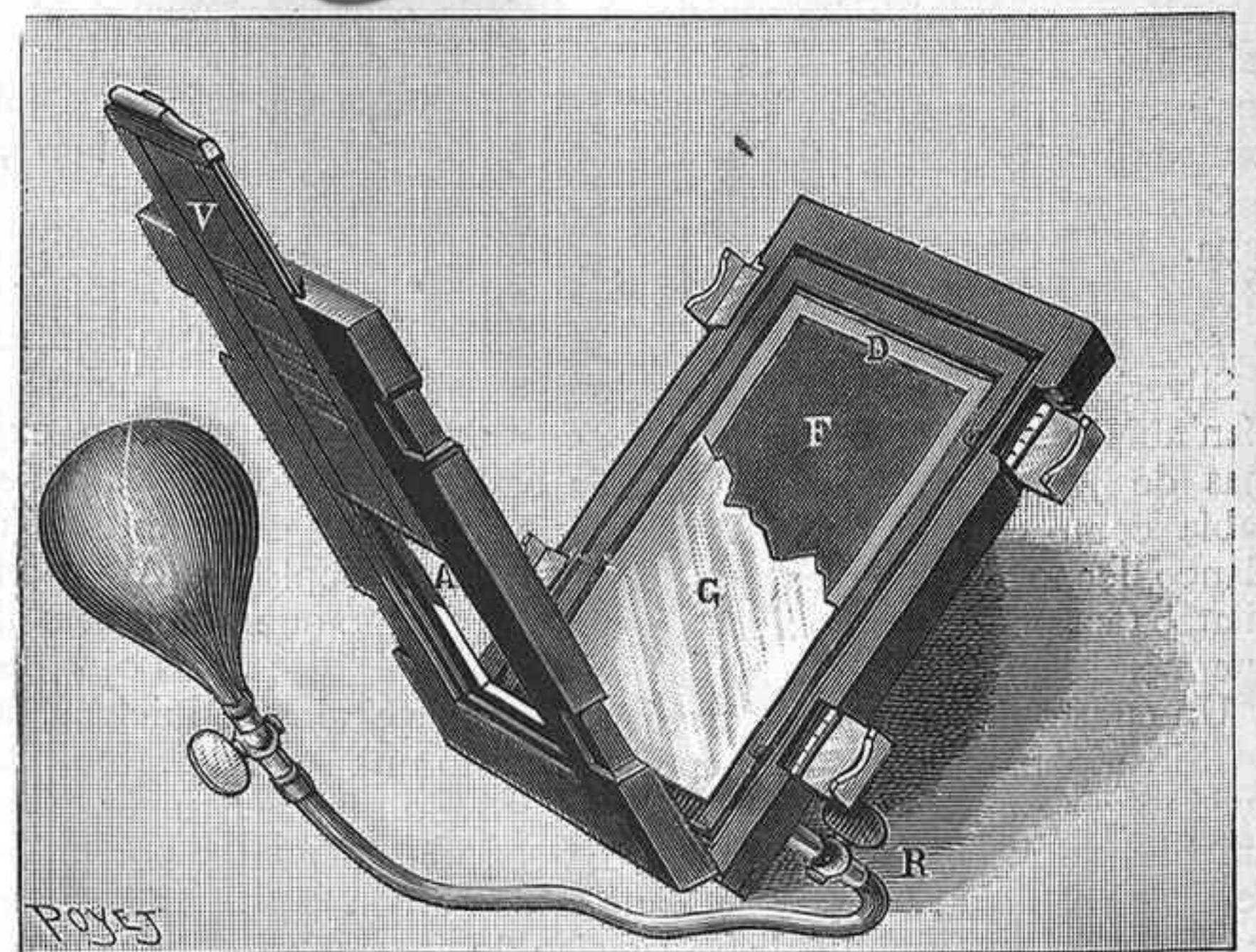
1.º Cuatro aceros Martín que contienen respectivamente 0'11, 0'35, 0'45 y 0'75 por 100 de carbono.  
2.º Doce aceros preparados especialmente para estas investigaciones en la fábrica Saint-Jacques, de Montluçon, con materiales muy puros y que forman tres grupos.

a. Aceros al carbono con 0'09, 0'06, 0'37 y 0'65 por 100 de carbono respectivamente.

b. Aceros extradulces que contienen 0'12 por 100 de carbono y respectivamente 1 por 100 aproximadamente de cromo, manganeso, níquel y tungstene.

c. Aceros al 45 por 100 de carbono con 1 por 100 de cromo, manganeso, níquel y tungstene respectivamente. M. Charpy ha deducido de sus experimentos las siguientes conclusiones:

En todos los aceros estudiados el temple produce modificaciones análogas: aumento de la carga de ruptura, disminución de prolongación, aumento de resistencia á la flexión y al choque. La importancia de las modificaciones varía notablemente con la composición química del metal y con la naturaleza

Fotografía de los colores  
Fig. 2. - Chassis á mercurio de M. Mackenstein

del baño de temple, pero en todos los casos se producen casi por completo en un pequeño intervalo de temperatura alrededor de los 700 grados, pudiendo afirmarse, en general, que si el metal se calienta á menos de 700 grados se corre el riesgo de que no se temple y que calentándolo á más de 750 á 800 es poco lo que gana.

NUESTROS GRABADOS

Cuadros varios de Enrique Serra. - Fiesta solemne, Curiosidad, El heredero, Recuerdo del Tiber, Mercado en una aldea de Italia, Invierno. - El estudio de Enrique Serra. - Hemos hecho tantas veces justicia al talento de Enrique Serra y a las excelencias de sus producciones...

El taller de Enrique Serra está lleno de estudios, en los cuales, según dice un notable crítico de Roma, «el pintor ha sorprendido la verdad en sus diversas manifestaciones, la naturaleza en sus momentos más difíciles: el alba, la puesta del sol, la salida de la luna, la tempestad, los cielos luminosos, el silencio y la calma de los bosques...»

Enrique Serra ha resuelto abandonar a Roma y establecerse definitivamente en París, en donde tiene, desde hace dos años, un magnífico taller, y con este motivo la prensa de la capital de Francia dedica al genial artista saludos de bienvenida...

Casi todas las obras que reproducimos en el presente número figuran hoy en las primeras galerías de Berlín, Londres, París y Basilea, habiendo sido adquiridas por coleccionadores de tanta nombradía como Bleichroder, Beherens, Schuwach, Butterfield, Isaac Smith y Fernando Riisch.

También publicamos la vista de una sala del magnífico estudio de Enrique Serra en Roma, que como podrán ver nuestros lectores encierra innumerables preciosidades artísticas dispuestas con exquisito gusto.

MISCELANEA

Bellas Artes. - EL HAYA. - En la capital de Holanda se ha formado una asociación denominada «Rembrandt», cuyo objeto es evitar que las obras de arte holandesas salgan de aquel país...

PARÍS. - La décimaséptima exposición celebrada por la Sociedad de Acuarelistas franceses ha sido tan notable como las anteriores, pues si bien han dejado de concurrir a ella algunos artistas de nota, como Detaille, Cazin, Morot, Benjamín Constant, Beraud y Mme. Lemaire...

dios de la vida de Juana de Arco de Boutet de Monvel, los estudios venecianos de Vignal, las flores de Rivoire, los cuadros de Roulet, Toudouze, Clairin, Moreau y Rochegrosse.

- La Sociedad de Artistas franceses ha elegido presidente a Eduardo Detaille y vicepresidentes al escultor Barrias y al arquitecto Garnier.

BERLÍN. - En el concurso celebrado por iniciativa del emperador para reconstituir la cabeza de mujer que, procedente de Pérgamo, se guarda en el Museo de Berlín, han tomado parte cincuenta y nueve artistas...

- La Galería nacional ha adquirido recientemente una gran acuarela de Bartel, Tempestad en las costas del Báltico, un paisaje de Canal, Molino westfalia, y un cuadro de Werner, Delante de París en 1870.

- El emperador de Alemania ha otorgado al famoso pintor Adolfo Mönzel la cruz de primera clase de la orden del Águila Roja, que es la más alta distinción hasta ahora concedida a un artista prusiano.

Necrología. - Han fallecido: Hermann Grote, célebre numismático alemán, autor de un notable armorial, antiguo conservador del Gabinete Monetario de Hannover.

Berta Morissot, una de las más notables cultivadoras de la pintura impresionista francesa. Demetrio Cossola, notable pintor italiano.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES EL PAPEL O LOS CIGARROS DE UN BARRAL...

FUMOUZE-ALBESPEYRES 78, Faub. Saint-Denis PARIS y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS...

PUREZA DEL CUTIS LA LECHE ANTEFELICA para o metolada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA...

CARNE, HIERRO y QUINA El Alimento mas fortificante unido a los Tonicos mas reparadores. VINO FERRUGINOSO AROUD Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE...

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca...

JARABE ANTIFLOGISTICO DE BRIANT Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias...

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estomago...

ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART...

Pildoras y Jarabe de BLANCARD Con loduro de Hierro Inalterable. ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS...

Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES...

LA SAGRADA BIBLIA EDICION ILUSTRADA a 10 céntimos de peseta la entrega de 16 paginas...

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION...

MAREO PELAGINA RESULTADOS COM PLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros...

CYCLES IMPERATOR DUGOUR Y C.ª Constr. 31, Faubourg, Saint-Denis, en París. Velocipedos de precisión...

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen...

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER FRASCO: 3' 50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depositó ROCHER, Farmacéutico...

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 DE APIOL LOS D.ºS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS...

BIBLIOTECA UNIVERSAL  
DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS

La casa editora de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha comenzado á publicar una BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS, título que, sin necesidad de ulteriores explicaciones, indica claramente cuál es la idea que en la publicación preside y cuáles los fines que con ella se proponen los editores.

La novela ha tenido siempre gran importancia dentro de la literatura; pero gracias á la evolución que en ella se ha ido realizando, bien puede afirmarse que hoy impera sobre todos los demás géneros literarios. La novela de nuestros días, abandonando las fábulas inverosímiles y las narraciones sobradamente sentimentales, inspírase en la realidad viviente, externa é interna; observa los hechos, analiza los sentimientos, describe las costumbres y estudia los estados psicológicos, merced á lo cual en sus páginas vemos reproducidos con verdad pasmosa, así las escenas que ante nuestros ojos se desenvuelven, como los fenómenos que se realizan en nuestra alma.

La novela es, pues, en la actualidad expresión fiel de la vida material y moral de los pueblos: de aquí el interés que ha de ofrecer el examen comparativo de las obras más notables que en este género se han producido en distintas naciones. A la idea de facilitar este estudio, como pocos ameno, responde la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS, en la cual tendrán cabida las producciones más salientes de las literaturas europeas y americanas, que permitirán formarse cabal concepto del modo de vivir, de sentir y de pensar de sociedades para la generalidad del público poco menos que desconocidas ó á lo sumo conocidas muy superficialmente.

Pero la BIBLIOTECA responde á algo más. Es innegable que una parte de las novelas modernas, por sus tendencias ó por los procedimientos que en ellas han empleado sus autores, constituyen en ciertas manos un verdadero peligro, que hace precisa en muchas familias una labor de selección antes de consentir á sus hijos la lectura de uno de estos libros. Pues bien: esta labor, pesada siempre y en muchos casos imposible, resultará innecesaria tratándose de esta BIBLIOTECA, porque en ella no han de insertarse otras novelas que las que puedan ser puestas en las manos más inocentes, lo cual en nada ha de menoscabar el interés de las narraciones, ya que dentro de la moral más pura es donde más interesantes argumentos pueden encontrarse.



El eminente novelista D. Enrique Pérez Escrich, autor de la novela *Sor Clemencia*

Al ofrecer al público la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS, los editores han creído que debían comenzar por la sección española, y dentro de ésta han estimado

inspirado, y esto, unido á las excelencias materiales y á lo mérito de su precio, les hace esperar que la BIBLIOTECA será un elemento de sano recreo indispensable á todas las familias.

que el puesto de honor correspondía, dada la índole de aquélla, al decano de nuestros actuales novelistas y al más popular de todos ellos, al ilustre escritor D. Enrique Pérez Escrich, y al efecto, sin reparar en sacrificios, pudieron obtener de él que escribiera expresamente para la BIBLIOTECA la novela *Sor Clemencia*, que es la que inaugura la publicación y que indudablemente figurará entre las mejores de su celebrado autor.

Conocido el género que durante toda su vida literaria ha cultivado el Sr. Pérez Escrich, ocioso nos parece encarecer las excelencias de la novela que ha escrito con destino á la BIBLIOTECA. ¿Quién no ha leído algo del incomparable autor de *El Mártir del Gólgota* y de *El cura de aldea*? ¿Quién, habiéndolas leído, no habrá apreciado la bondad y las bellezas de sus obras? Dotado de una imaginación fecunda, de un talento claro y de un corazón de oro, pocos le han aventajado en inventiva para hallar argumentos interesantes y originales y desenvolverlos en acciones dramáticas admirablemente sostenidas y ninguno le ha igualado en el arte de llegar al alma de sus lectores. En todas sus novelas se patentiza la bondad de sus sentimientos: para trazar los tipos nobles que en sus obras admiramos; para poner en sus labios los levantados conceptos que les conquistan nuestras simpatías, y para combinar las escenas que hacen asomar las lágrimas á nuestros ojos, no necesita más esfuerzo que dejar correr libremente la pluma, trasladando al papel en frase galana las infinitas ternuras que su corazón atesora.

Gracias á esas cualidades, Pérez Escrich no se ha visto nunca abandonado por el público durante su larga carrera literaria, y las innumerables obras que en múltiples ediciones en más de cuarenta años lleva publicadas han sido para él otros tantos triunfos.

Los años y el trabajo, que han podido debilitar el cuerpo, no han hecho mella en la privilegiada inteligencia de ese novelista, que hoy escribe con el mismo entusiasmo que en sus años juveniles, prodigando en sus obras las mismas bellezas de dicción y sentimiento realizadas por una mayor madurez y un conocimiento más completo del mundo, hijo de su profunda observación y de su dilatada experiencia.

Los editores de la BIBLIOTECA creen que la publicación de ésta viene á satisfacer una necesidad largo tiempo hace sentida entre el público: para la realización de su idea no perdonarán medio ni sacrificio alguno en la elección y adquisición de obras nacionales y extranjeras á fin de que la publicación corresponda á la bondad del pensamiento que la ha inspirado, y esto, unido á las excelencias materiales y á lo mérito de su precio, les hace esperar que la BIBLIOTECA será un elemento de sano recreo indispensable á todas las familias.

# VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA  
preparado con bismuto  
por Ch. Fay, perfumista  
9, Rue de la Paix, PARIS

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Selne.

## Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

## Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

## al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

## Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

## G GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

## ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S<sup>o</sup>d de F<sup>o</sup> de París

LABELONYE y C<sup>o</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

## CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

## VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Par mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN